

ESTUDIOS

REVISTA MENSUAL

AÑO I

Marzo de 1933

N.º 7

Esta Revista publica las Conferencias mensuales
— del Centro de Estudios Religiosos



INDICE

REACCION NECESARIA, por E. v G.	1
EL PROTESTANTISMO COMPARADO CON EL CATOLICISMO, Conferencia de don Ricardo Cox Méndez	3
LA CHINA EN LOS DESIGNIOS DEL SOVIET, por el Rev. P. Peter Schmitz	19
CONVERSIONES Y CONVERTIDOS, por O. H. . .	30
¡MEMENTO, HOMO, QUIA PULVIS ES!	34
NOTICIAS RELIGIOSAS	36
BIBLIOGRAFIA	41



Suscripción anual \$ 18.— Número suelto \$ 1.60.

EDITORIAL ESTUDIOS acaba de publicar:

El Alma de todo Apostolado

por D. J. B. CHAUTARD,
Abad de Siete Fuentes de la Orden Cisterciense.

Libro indispensable para todos los que quieren
cooperar con eficiencia a la Acción Católica.

PRECIO: { en Santiago \$ 4.00
 { en Provincias \$ 4.40



El Fin de los Tiempos

Predicciones acerca del fin del mundo,
ATRIBUIDAS A SAN MALAQUIAS

PRECIO: { en Santiago \$ 1.60
 { en Provincias \$ 1.80

Pídalo a su librero o directamente a

EDITORIAL ESTUDIOS

Ahumada 360 - SANTIAGO - Casilla 2081

REACCION NECESARIA



“La glorificación sobrenatural de Dios y la bienaventuranza sobrenatural en la contemplación y en el amor de Dios, son el único fin de la criatura racional. No existe por consiguiente al lado de este fin sobrenatural ningún otro fin, meramente natural; el fin natural de la criatura está contenido como momento secundario en el fin sobrenatural y lo conseguirá tan solo en y con el primero. Por consiguiente están todos los fines y órdenes naturales sujetos al fin y al orden sobrenatural” (Heinrich, Dogm. Theol. Tomo V. pág. 448).

“Nuestra destinación a este fin sobrenatural y la revelación del orden sobrenatural, no es sin embargo un mero privilegio, sino una ley, y encierra para los hombres no tan solo un cumplimiento sometido a su arbitrio, sino la rigurosa obligación de vivir en todo momento conforme a dicho orden y fin. Y esta ley obliga a todos los hombres sin excepción, a todas las instituciones y sociedades, en todos los tiempos, en todos los grados de la civilización, en todas las actividades humanas y en sus adelantos; obliga finalmente tanto al individuo en si como a la sociedad en su conjunto”. (Scheeben Weiss, Las magnificencias de la gracia divina).

“Están por consiguiente en un error todos aquellos quienes acepten fuera del fin y orden sobrenatural otro puramente natural. La naturaleza y el orden natural no están suspendidos por el orden sobrenatural pero si, sometidos a este último. Por consiguiente subsisten también los fines de las actividades naturales, pero ellos están en todo momento y por todo concepto subordinados al sobrenatural” (Heinrich, op. cit. pág. 452).

¡He aquí el gran error de nuestros tiempos! Se ha querido prescindir de Dios, desentenderse del fin y orden sobrenatural ¿Pero cuál fué el resultado? La crisis, el caos en el cual está metido la humanidad, nos dan la contestación. Bartrina, en su lúgubre composición poética “Rehabilitación” pidió: “Plaza al triunfante carró del progreso que arrastra Caín y empuja Satanás”, y parece que para mal del linaje humano fueron efectivamente los poderes infernales los que orientaron sus destinos. No era necesario que los acontecimientos tomaran este rumbo y desenlace: si los hombres hubieran seguido

fielmente las enseñanzas del Evangelio, todos estos adelantos y conquistas en las ciencias, en la técnica y en las demás ramas del humano saber y poder se hubieran llevado a cabo no solamente sin perturbaciones de ninguna especie, sino en sumo provecho y para mayor felicidad espiritual y material del individuo y de la sociedad. No ha faltado el guía y norte: justamente en los últimos decenios los Sumos Pontífices ha levantado su voz con mucha frecuencia, reprendiendo, exhortando, aconsejando. Han caído sobre el mundo severos castigos, pero los hombres, endurecidos de corazones, no hicieron caso. En otras épocas bastaban flagelos mucho menos dolorosos para que la humanidad hiciera penitencia.

El mundo parece haber salido de sus quicios y ni los más perspicaces y mejor preparados hombres de Estado aciertan medidas eficaces para remediar la situación. Hay quienes pretenden que con suprimir el comunismo se removería el principal obstáculo en el camino a la paz y a la tranquilidad internacional, política y social. Pero esto no es más que un detalle que nos dejaría aún más lejos de la solución del problema. Es de la mayor importancia, sin duda, pero no es el principio de nuestros males sino la última consecuencia de nuestros extravíos. La vida pública ha sido descristianizada, no de golpe; poco a poco. Y a la vida pública siguió la de la familia y la de los individuos en particular. Hay que desandar el camino, renovándose cada uno en Cristo, volviendo nosotros en nuestros hogares a las severas costumbres de antaño y devolver a Dios el lugar en la vida pública que le corresponde. Esto es lo que Pío X, de santa memoria, expresó en los siguientes términos: "Debemos reducir la humana sociedad, que ha perdido el sendero de la sabiduría de Cristo, a la disciplina de la Iglesia. La Iglesia la someterá a Cristo,—Cristo empero a Dios".

E. v. G.

Según mi entender consiste el peligro más grave en este asunto (la cuestión obrera) en que la verdadera vida cristiana, el criterio cristiano, se pierden cada vez más en las masas. Si la vida del pueblo fuera regulada según los principios del Cristianismo, viviendo tanto obreros como patrones conforme a ellos, no existiría ninguna cuestión social, ni ningún odio de clases".

Windhorst.

El Protestantismo comparado con el Catolicismo

TRES HORAS DE CHARLA RELIGIOSA CON EL ARZOBISPO ANGLICANO DE NUEVA YORK

Conferencia dictada en el Teatro Miraflores, bajo los auspicios del Centro de Estudios Religiosos, por Don Ricardo Cox Méndez, el 30 de Mayo de 1931

La primera parte de este título encierra una promesa; la segunda, constituye una grave amenaza; promesa de un estudio comparativo del protestantismo y del catolicismo, a la manera de Balmes; amenaza de que tres horas de charla en Nueva York se conviertan en tres horas de conferencia en Santiago.

Estad tranquilos a este respecto, señoras y señores. ¿Por qué había yo de infringir el castigo de tres horas de conferencia? No, de ninguna manera. Sobre el Secretario de este Centro de Estudios pesa con mayor fuerza que sobre cualquiera otro conferenciante el deber de amoldarse exactamente a las normas establecidas por la institución desde hace tres años, una de las cuales es que estas conferencias no duren más de una hora. Me refiero a la conferencia misma, no a la velada en su conjunto.

En cuanto a la promesa de establecer comparaciones entre el protestantismo y el catolicismo, no hay que tomarla muy a lo serio. Una charla, una simple charla con un eclesiástico protestante, aunque él sea un Arzobispo, no es el medio más adecuado de hacer un estudio profundo sobre ambas confesiones cristianas; y estoy seguro de que a Balmes, al escribir su libro inmortal, no se le ocurrió siquiera charlar previamente con ningún eclesiástico protestante de ninguna secta.

No se espere, pues, ni se exija de una charla lo que hay derecho de esperar y de exigir de un libro, de un tratado. Una charla es de suyo y por definición algo ligero, superficial y desordenado. Pero pue-

de ser tan útil y eficaz como un libro en calidad de vehículo de difusión de la cultura; y es de esperar que resulte algo más amena que un tratado.

La primera de las sorpresas que me dió Nueva York no fué la de sus rascacielos, porque llegué a la ciudad a medianoche, y no los ví hasta el día siguiente. Mi primera sorpresa fué encontrar en el hall del hotel en que me hospedaba, ordenadamente colocados en un mueble especial una especie de atril redondo y giratorio, los programas impresos de los servicios religiosos que tendrían lugar el domingo siguiente en las principales iglesias de la ciudad. Estos programas o avisos procedían de iglesias de todos los credos y confesiones: católicas, anglicanas, luteranas, presbiterianas, baptistas, judías, etc. En ellos aparecían, junto con las horas de las misas en las iglesias católicas y de los "servicios divinos" de las iglesias protestantes, los temas de los sermones, pláticas, alocuciones o discursos, que se iban a pronunciar, los nombres de los oradores sagrados, y además los nombres de los rectores de cada iglesia.

Fué allí, delante de ese atril giratorio del hotel Biltmore, donde concebí la idea de hacer estudios prácticos comparativos sobre las diferentes confesiones cristianas, que aparte de la mía propia, sólo conocía hasta entonces de referencia y a través de los libros, principalmente a través de Balmes.

Para conocer a fondo una religión que

no es la propia no basta leer libros que traten de ella; hay que cambiar ideas sobre la materia con sus genuinos representantes, los eclesiásticos respectivos; hay que observarla en su propio terreno, hay que verla en acción; hay que asistir a sus servicios divinos; en una palabra, hay que vivirla un poco.

Ahora bien, esto nos está prohibido a los católicos como regla general, basada en el respeto y lealtad que debemos a la verdad religiosa. En realidad, este estudio práctico de las religiones comparadas está sembrado de peligros cuando el que lo intenta no está debidamente preparado, y la Iglesia Católica es profundamente sabia al prohibirlo, como norma ordinaria de conducta.

Después de una larga entrevista celebrada con el Cardenal Farley, Arzobispo de Nueva York, en los primeros días de setiembre. Su Eminencia, junto con impartirme su bendición episcopal me autorizó plenamente para entregarme dentro de los límites de su arquidiócesis a estos estudios prácticos de religiones comparadas.

“Este deseo suyo, me dijo textualmente el Cardenal, no procede de una inquietud del espíritu ni de una simple y malsana curiosidad intelectual; procede de un anhelo apologético que es en el fondo la más elevada forma de la caridad. Penetrado de la verdad religiosa que usted posee, armado de ella, defendido por ella, vaya usted adonde quiera; visite las iglesias protestantes; asista a sus servicios; ore con los que allí oren; cante con los que allí canten; converse con sus pastores. Si son veinte las iglesias que usted va a visitar, verá en ejercicio veinte liturgias diferentes; si son veinte los pastores con quienes usted va a conversar no encontrará dos que profesen exactamente el mismo credo. Ante esta anarquía de doctrina y de liturgia se acrecentará en su espíritu el prestigio y en su corazón los sentimientos de amor y gratitud por su santa madre la Iglesia Católica, que desde los tiempos apostólicos

conserva la misma liturgia, inmutable expresión de la inmutable verdad”.

Sin la colaboración del Embajador de Chile en Estados Unidos, y entregado a mis propios recursos, yo no habría podido realizar mis proyectadas entrevistas con encumbrados personajes del catolicismo y del protestantismo yanqui; ni siquiera lo habría intentado.

Fué el señor don Eduardo Suárez Mujica quien me puso en contacto con el Cardenal Farley primero, y en seguida con las siguientes personalidades eclesiásticas, a quienes enumero por el orden en que fui presentado a ellas, sea directamente por él o por medio de cartas suyas: Rev. Stires, rector de la iglesia anglicana de Santo Tomás; Rev. Horn, rector de una iglesia luterana; Rev. Merrill, rector de la iglesia presbiteriana; Reverendísimo David Greer, arzobispo episcopal o anglicano de Nueva York; Rev. Randall, rector de una iglesia baptista; Rev. Forbes, vice-rector de la iglesia anglicana de San Andrés; Cardenal Gibbons, arzobispo de Baltimore, Primado de los Estados Unidos; Prof. Newbold, catedrático del cristianismo histórico de la Universidad de Pensilvania, Filadelfia, sobre cuyas ideas y doctrinas di una conferencia aquí mismo a fines de 1929.

Mis entrevistas despertaron el interés del Cardenal Farley, quien me pidió que si me era posible, le hiciera por escrito un resumen de cada una de las que celebrara con personajes protestantes.

Una parte del mundo diplomático, los que estaban hospedados en el Hotel Astor, junto con el Embajador de Chile, también expresaron el deseo de imponerse de estas curiosas investigaciones religiosas de un político chileno en viaje. En la ociosidad elegante de su veraneo, ellas servirían al menos de tema de conversación.

Una tarde llegaba yo al Hotel Astor a la hora del té. El Embajador de Chile y el del Brasil, señor Domicio da Gama conversaban en un ángulo del hall. El señor Suárez Mujica, antiguo colega de la Cámara de Diputados de Chile, dijo sonrien-

do: "Ahí viene el Diputado por Santiago pasado a incienso".

—Le advierto Embajador, le dije que vengo de una iglesia presbiteriana.

—Pues por eso mismo...

—Compañero, le observó el señor da Gama, en las iglesias presbiterianas no se quema incienso.

Mi entrevista con el Arzobispo Greer fué arreglada por el señor Suárez Mujica para el 7 de Octubre, de 10 a 10 y media A. M., en la Casa Sinodal del Arzobispo, más claramente hablando, en su oficina administrativa, situada en un costa de una gran plaza, frente a la Catedral. En su carta, el Embajador, junto con dar al Arzobispo referencias sobre mi persona, le indicaba que yo deseaba particularmente dilucidar con él esta materia: "Doctrina de la iglesia episcopal americana sobre la Eucaristía".

El Embajador me recomendó mucho ser exacto, exactísimo, tanto a la hora de llegada como a la hora de partida. "Si Ud. quiere adquirir prestigio para Ud., y para la Embajada de su país ante estos eminentes hombres de iglesia, tan abrumados de trabajo sea exactísimo en las horas". Yo acepté la advertencia con llaneza y buena voluntad, y ceñí a ella mi conducta con la más severa estrictez.

Diez minutos antes de las 10 A. M. yo llegaba en auto a la puerta de la casa Sinodal del Arzobispo Greer. Llovía a cántaros; y esperé la hora exacta dentro del auto.

A las 10 A. M. menos un minuto toqué el botón de la campanilla. La puerta se abrió en el acto y un empleado bien vestido me introdujo a una amplia sala de recibo y desapareció en seguida, diciéndome que iba a anunciar mi llegada al Arzobispo.

Alcancé a dar una rápida mirada general por la sala cuando se abrió otra puerta, y apareció un caballero vestido de civil, bajo, moreno, de pelo y bigote gris; quien sonriendo amablemente me ofreció asiento

en el sofá sentándose él mismo en una peltrona.

El Arzobispo traía en sus manos la carta del Embajador, así como yo llevaba en mi bolsillo la que él mismo me había dirigido una semana antes, y que aún conservo, en la cual fijaba día y hora para nuestra entrevista.

Después de un breve diálogo sobre mi viaje, y sobre mis primeras impresiones en Estados Unidos, el dignatario eclesiástico anglicano quiso abordar desde luego el tema doctrinario señalado en la carta del Embajador.

—Usted desea, me dijo, que yo le explique la fe de mi iglesia sobre la Eucaristía, ¿no es eso?

—Sí, señor, aunque sea brevemente, en sus puntos fundamentales.

—En esta materia, la iglesia anglicana profesa más o menos la misma doctrina que las demás iglesias cristianas. ¿A cual pertenece usted?

—Yo soy católico romano, le dije.

—¿Católico romano? me preguntó muy sorprendido... católico romano.

—Sí, señor. ¿No se lo ha dicho en su carta el Embajador de Chile?

—Nó, señor, me respondió; yo conocía por su Embajador la situación que usted ocupa en su país; estoy impuesto de que usted ha sido miembro del Congreso y del Gobierno; pero él nada me ha dicho sobre el credo religioso de usted. Es para mí una gran sorpresa saber que Ud. es católico romano... Una grata sorpresa.

Casi no era necesario que él me confesara su sorpresa; yo la estaba viendo en su cara.

—En más de cuarenta años de ministerio, prosiguió el señor Greer, esta es la primera vez que recibo la visita de un católico romano que desea conocer directa y sinceramente las doctrinas del protestantismo. Este es un acontecimiento en mi vida, y, lo repito, él me causa una sorpresa y una satisfacción que no le disimulo, Mr. Méndez".

—Mi apellido es Cox, señor Arzobispo, le dije.

El señor Greer abre de nuevo la carta del Embajador, lee en voz alta todo mi nombre: "Ricardo Cox Méndez", y me interroga con la mirada.

Yo le explico que en España y en los países de origen español, como es Chile, es muy frecuente, casi la costumbre, en cierto medio social, usar los dos apellidos el paterno y el materno.

El señor Greer había tomado el Cox como un segundo nombre, y Méndez como mi apellido paterno.

—Cox es apellido sajón, me observó; es usted descendiente de sajones??

—Sí, señor, de ingleses.

—Ah!... y después de un momento, ¿qué religión profesaban ellos?

—Mi padre, le respondí era católico; pero mi abuelo paterno, fundador de la familia en Chile, era un ferviente protestante anglicano, aunque murió en el seno del catolicismo; y anglicanos fueron una larga serie de sus antepasados.

—Ah!... exclama el Arzobispo fijando en mí una escrutadora y afectuosa mirada. Ahora voy comprendiendo...

Como cada creatura humana no es en realidad más que la prolongación en el tiempo de las creaturas humanas que le precedieron, el Arzobispo estaba sospechando que se encontraba ante un curioso caso de atavismo religioso; y que yo había llegado hasta su presbiterio conducido como por la mano por un enjambre invisible de mis antepasados anglicanos, sin percatarse de que el otro invisible enjambre de mis antepasados católicos de la línea materna lo habrían impedido.

Para poner las cosas en su lugar, comuniqué al Arzobispo que mi visita a su presbiterio, sólo era un número de un vasto programa de entrevistas con los más autorizados representantes de las diversas confesiones cristianas, y aún de las sinagogas judías.

Le expliqué en seguida que yo era un católico romano no sólo por las contingen-

cias del nacimiento, de la educación y de la nacionalidad, sino también por el estudio y la convicción razonada.

El estudio de la religión me apasiona, señor Greer; la religión es la ciencia de las ciencias, puesto que sólo ella da a la vida humana un significado, y sólo ella es capaz de revelarnos el secreto de nuestro destino.

Comprendo todas las indiferencias, menos la indiferencia en materia de religión; el indiferente en religión, es para mí como un muñeco autómatas, que se mueve sin saber por qué y que camina sin saber adónde.

He salido de mi país en viaje de descanso, después de largos años de una agitada vida política. Pero para mí viajar es estudiar. Es increíble el número de cosas que he aprendido ya en este viaje. Llegué a Estados Unidos a principios de setiembre, y puedo decir con toda verdad que desde esa fecha hasta hoy no he hecho otra cosa que estudiar religión y religiones. Yo no sabía, por ejemplo, cómo era el catolicismo yanqui; ahora lo sé. Tenía una vaga idea de lo que se entendía por presbiterianismo, por luteranismo, ahora lo sé porque lo he aprendido de boca de pastores presbiterianos y luteranos.

Hoy sabré lo que es el anglicanismo. ¿Tendré necesidad de leer libros sobre el anglicanismo después que el Arzobispo anglicano de Nueva York me explique su religión?

El Arzobispo me había escuchado con mucha atención.

—No puedo menos de felicitarlo a usted, me dijo, y muy cordialmente por su noble empeño y de un modo especial por el uso que usted hace de su tiempo mientras viaja, que no es muy frecuente en los turistas.

Y me observaba con mucha atención como un caso raro.

—Usted me interesa, dijo..., es preciso que seamos amigos. Me pongo enteramente a sus órdenes.

En este preciso momento sonó el golpe

de las diez y media en un reloj colgado en el muro. Acordándome de la recomendación del Embajador, en el acto me puse de pié, significándole al Arzobispo que me disponía a marcharme, conforme a lo convenido entre él y mi Embajador.

Pero me invitó a sentarme de nuevo, rogándome que olvidara todo protocolo y toda etiqueta, y que le diéramos a nuestra charla religiosa todo el tiempo que fuera preciso.

En efecto, la etiqueta desapareció y cedió su lugar a una amistosa y agradable llaneza.

El Arzobispo entró desde luego a explicarme la doctrina de su iglesia sobre la Eucaristía. He aquí el resumen de sus explicaciones, redactado por mí en la noche de ese día:

Para un católico romano, que tiene su espíritu habituado a las disciplinas precisas y rígidas de sus creencias y de sus dogmas, los diversos matices que tienen las creencias religiosas entre nosotros son difíciles de comprender.

Para ustedes, para todos ustedes, la Eucaristía es exactamente la misma cosa: bajo las especies consagradas por el sacerdote están **sustancialmente** el cuerpo y la sangre de N. S. Jesucristo. Las palabras de la consagración han operado **físicamente** la milagrosa transubstanciación. En la comunión, el católico romano, todos los católicos romanos, creen recibir materialmente a su Dios.

Entre nosotros las cosas se entienden de varias maneras diferentes. Entre nosotros no existe esa precisión, esa rigidez de las creencias, y dejamos que cada cual acepte este impenetrable misterio de la Eucaristía en la forma y modo en que sea más aceptable para su idiosincracia espiritual.

Para hacerme comprender mejor, voy a servirme de una comparación.

—Usted, en su país, pertenece a una asamblea parlamentaria.

—Sí, señor; he pertenecido...

—Como toda asamblea parlamentaria,

la suya tendrá derecha, izquierda y centro.

—Exacto.

—Los hombres de la derecha, prosigue el Arzobispo, tienen ciertos principios políticos que ellos quisieran ver aceptados por la totalidad de la asamblea, aunque nunca lo consiguen; otro tanto les pasa a los de la izquierda y a los del centro.

La discusión de principios entre ellos es constante y será perpetua; pero los unos no convencen a los otros, y cada cual se queda donde siempre ha estado. Pero, así se mantiene una vida armoniosa en la asamblea misma y un equilibrio armonioso en la vida política del país.

Otro tanto sucede entre nosotros con respecto a todas las doctrinas, a todas las creencias religiosas, y particularmente con respecto a la Eucaristía. Cada cual tiene sus ideas, sus creencias, con peculiares matices personales; cada cual cree lo que puede, y como puede, y hasta donde puede, como su idiosincracia se lo permite; pero esta diversidad de opiniones mantiene la vida dentro de nuestra asamblea religiosa y le mantiene también su equilibrio, como a la asamblea parlamentaria.

¿Qué piensa sobre la Eucaristía la izquierda de nuestra asamblea? Que ella es un fiel y agradecido recuerdo de la Cena del Señor, infinitamente saludable para el alma, como lo es todo recuerdo de la vida del Salvador. La blanca hostia que reciben sus labios no es más que una blanca hostia, nada más; pero es el recuerdo y el símbolo, nada más que el símbolo de aquella otra blanca hostia, que era en realidad el cuerpo del Señor, y que El con su propia y divina mano transformó en su cuerpo y repartió a los apóstoles en la noche de la Cena.

¿Qué es la hostia consagrada para los que forman el centro de nuestra asamblea religiosa? Algo más que un símbolo, mucho más que un símbolo: es el vehículo, misterioso y santo, en que Jesucristo, en espíritu, penetra al ser espiritual de quien

lo recibe, y se une a El espiritual y amorosamente.

Para los del centro de mi iglesia, Jesucristo está, pues real y personalmente en la hostia consagrada, como el alma está en el cuerpo; pero sin que se haya operado cambio alguno de sustancia en la materia de que está hecha la hostia.

En cuanto a los de la derecha de nuestra asamblea, ellos piensan que en la hostia consagrada la sustancia de que estaba hecha antes de la consagración ha desaparecido, y se ha transformado sustancialmente en el cuerpo de Jesucristo, aunque éste cambio no sea perceptible para los sentidos.

Todo lo que he dicho de la hostia debe entenderse como dicho también del vino, porque nosotros comulgamos con ambas especies.

Yo, añadió el Arzobispo, pertenezco al centro de la asamblea que gobierno y esta actitud mía no la he adoptado calculadamente, por razones de gobierno, sino que es en mí una convicción. Yo estoy persuadido de que Jesucristo está presente, con presencia real aunque espiritual, en la hostia consagrada; pero no creo en el cambio material operado en la hostia por las palabras de la consagración.

Este es mi pensar y sentir personal; y no hago jamás ningún esfuerzo por atraer a las ideas del centro a aquellos de mis correligionarios que están en la izquierda o en la derecha de la asamblea.

Cuando veo a los unos y a los otros acercarse al comulgatorio con los ojos bajos, los brazos cruzados sobre el pecho y la compunción en el corazón, me convenzo una vez más de que la cuestión meramente doctrinaria carece de importancia.

Y por la misma razón cuando veo que mis correligionarios de la derecha tienen sobre la Eucaristía ideas que coinciden exactamente con la de los católicos romanos, yo me siento tan unido a estas ovejas de un rebaño ajeno como a las que forman el mío propio.

Por análogo motivo, soy un enemigo de-

cidido de toda propaganda anglicana en campo católico romano. Es un contrasentido y una deslealtad ir a perturbar la tranquila fe de los católicos romanos cuando no podríamos ofrecerles ninguna cosa que ellos no tengan. Ir a buscar adeptos en campo religioso que no es el propio es como ir a tomar la fruta del cercado ajeno".

Ocho días después de esta entrevista, en Baltimore, leí al Cardenal Gibbons estas declaraciones doctrinarias del Arzobispo anglicano de Nueva York. El Primado católico de los Estados Unidos las escuchó con el más profundo interés, pero también dominado por un sentimiento de contrariedad, que yo veía aumentar a medida que avanzaba la lectura. Por fin, dándole expresión a esos sentimientos, dijo más o menos:

¡Derecha... izquierda... centro... asambleas deliberantes... sistema parlamentario en religión!

¡El misterio de la Eucaristía sometido a deliberaciones parlamentarias, y quizás a votación, ¡Qué irreverencia, qué despropósito!

¿Y cómo puede ese llamado Arzobispo dar la comunión a los de la izquierda que no creen en la presencia real, con una hostia consagrada por él y que por consiguiente contiene realmente a Jesucristo?

¿Y cómo puede dar la comunión a los de la derecha de su asamblea, que creen en la transsubstanciación, como él mismo lo declara, con una hostia en la cual él no ha intentado siquiera operar la transsubstanciación?

¿Qué engaños recíprocos son éstos?... ¿Qué comedias son éstas?...

¿Y por qué si hay entre los anglicanos quienes piensan sobre la Eucaristía exactamente como los católicos, ¿por qué el protestantismo nos califica a nosotros de idólatras y a los anglicanos no? La transsubstanciación católica sería una práctica idólatra y una mentira mientras la transsubstanciación anglicana sería la expresión de la verdad eucarística.

La verdad es que esas hostias consagradas por el señor David Greer para los de la derecha, del centro y de la izquierda de su asamblea parlamentaria y que a todos parecen caerles tan bien, no son tales hostias consagradas por la sencilla razón de que el consagrante no es arzobispo, ni siquiera sacerdote de la Iglesia de Dios.

Si señor; la Eucaristía protestante no es más que una piadosa ilusión, como lo es también dentro del protestantismo la jerarquía eclesiástica. El verdadero origen del protestantismo fué una interpretación individual antojadiza de La Sagrada Cena. Los católicos entendemos y practicamos la Eucaristía tal como lo hicieron los primeros cristianos. Los protestantes abandonaron esta doctrina y esta práctica hace ya cuatro siglos, y se entretienen con estos simulacros de que el Arzobispo Greer le ha hecho a usted tan acabada descripción. Dos cosas mantienen la unidad católica: la Santa Eucaristía, que llamaré también la Eucaristía tradicional, la Eucaristía histórica, y la autoridad del Papa.

Mientras el protestantismo no acepte ambas cosas, continuará siendo lo que hasta hoy ha sido, y lo que tan exactamente le ha explicado a usted el Arzobispo de Nueva York: asambleas parlamentarias con centro, izquierdas y derecha; es decir, en que nadie piensa como nadie, en que nadie cree como nadie; pero dentro de las cuales todos se unen con admirable disciplina tan sólo cuando se trata de resistir la fuerza de la verdad".

SEGUNDA PARTE

A las 11 de la mañana, es decir, cuando nuestra charla duraba ya una hora, por voluntad del Arzobispo, él me invitó a visitar su Catedral situada al otro lado de la plaza, frente a la casa sinodal o presbiterio de la arquidiócesis.

Llovía aún con bastante fuerza. Yo había despedido el automóvil, y no se veía por ahí ningún otro que tomar. Mi indumentaria de lluvia era más que suficiente: impermeable, zapatones, paraguas. Pero

el Arzobispo sólo llevaba impermeable; de modo que desde que principiamos a atravesar la plaza en dirección a la Catedral, la lluvia comenzó a caerle a él en la cara, mientras que yo iba perfectamente protegido contra ella con mi paraguas abierto.

Esto me pareció una falta de solidaridad y de respeto para con él, y cerré mi paraguas para ponerme en igualdad de condiciones.

—¿Por qué ha cerrado usted su paraguas? me preguntó.

—Porque no lo necesito, le respondí.

El se detuvo, y sonriéndome con mucha simpatía, me dijo:

Hágame el favor de protegerme contra la lluvia con su paraguas, como usted lo acostumbra. Yo no lo uso jamás; para mí no sería más que un estorbo.

—Si usted le hace a la lluvia sin paraguas, le dije, por qué había yo de ser tan cobarde que no hiciera lo mismo?

Y proseguimos nuestra marcha en igualdad de condiciones.

Pero la lluvia arreciaba; el agua nos rodaba por la cara, y a mí, al menos, me corría por el cuello para adentro.

El Arzobispo se detuvo nuevamente, y me dijo con un tono de voz extremadamente afectuoso y simpático:

—Es usted muy gentil... Hagamos una transacción: abra su paraguas.

Yo lo abrí.

—Déme su brazo; y se tomó de mi brazo derecho.

Como el paraguas no era suficientemente grande para que las dos cabezas quedaran protegidas bajo él, ellas y los cuerpos tuvieron que entrar en contacto. Y así, estrechamente tomados del brazo, hombro con hombro, apoyada la cabeza del uno en la del otro, bajo las alas de un pequeño paraguas sobre el cual golpeaba la lluvia, el Arzobispo anglicano de Nueva York y yo nos pusimos a caminar en dirección a la Catedral.

Como ya toda etiqueta había desaparecido entre los dos, me tomé la libertad de decirle:

Sr. Greer, en estos momentos el protestantismo y el catolicismo marchan tomados del brazo.

—Así es, me respondió el simpático viejo; estrechamente tomados del brazo...

Y después de un momento, y completando la simbólica broma:

—Tomados del brazo, y soportando bajo el mismo paraguas el mismo chaparrón”.

La alusión a la situación general de la religión en el mundo no podía ser más pintoresca e ingeniosa. En efecto, el chaparrón del materialismo científico contemporáneo cae y golpea incesantemente sobre católicos y protestantes creyentes, y amenaza socavar las bases fundamentales de ambas confesiones cristianas.

“Señor Obispo, me atreví a decirle, el enemigo de ustedes no es el catolicismo, el papismo, como suelen llamarlo los fanáticos que hay entre ustedes; sus verdaderos enemigos son los mismos nuestros: el cientismo universitario por una parte, y el materialismo de la vida contemporánea por la otra. ¡Qué bueno sería que para hacerle frente con eficacia a su enemigo común, el protestantismo y el catolicismo marcharan siempre del brazo, como han marchado hoy, al atravesar esta plaza”.

—Indeed... indeed... decía el respetable viejo, en su idioma, que quiere decir en el nuestro: “en realidad, efectivamente”.

Habíamos llegado a la escalinata exterior de piedra de la Catedral de San Juan el Divino. El Arzobispo, soltándose del brazo comenzó a escalar la gradería antes que yo; y deteniéndose en la mitad, y mirándome hacia abajo me preguntó, sonriente: “¿Qué edad cree usted que tengo yo?”.

La inesperada pregunta me sorprendió mucho; tanto más cuanto que me planteaba el problema, y me invitaba a resolverlo, mientras la lluvia golpeaba en su coleto negro de paño, y le rodaba nuevamente por la cara. Yo cerré otra vez mi paraguas y me puse a observar atentamente al Arzobispo para responderle.

—Vamos a ver... Examineme bien, ob-

sérveme... ¿qué edad me calcula usted? Pero, sin lisonja... sin lisonja...

—Unos 55 años le dije, lisonjeándolo un poco.

—Adulador... adulador..., tengo 70 años!

Entramos a la Catedral. Templo enorme y desnudo, como todos los templos protestantes. Es un consuelo para mí ver que las vidrieras de colores son escenas del Nuevo Testamento.

Algunos trabajadores, en la extremidad de sendas escaleras, pintan o estucan fragmentos de muralla que ha sufrido una reciente refacción.

Yo me había quitado el sombrero al entrar a la iglesia; pero cuando ví que el Arzobispo se quedaba con el suyo puesto, y que con los suyos en la cabeza estaban también los pintores y estucadores, volví a ponérmelo, pensando: “en realidad, en esta iglesia no hay nadie, fuera de nosotros”.

El Arzobispo, con verdadero orgullo, me muestra en el centro de la iglesia junto a la teja del presbiterio, una piedra tallada de varios colores incrustada en el pavimento, y que lleva una inscripción en griego con su traducción inglesa. La inscripción dice que la piedra perteneció a la Catedral de Efeso de San Juan Evangelista; de ahí el nombre de la iglesia: Saint John the Divine, San Juan el Divino.

Subimos al presbiterio. Desde él pude apreciar las dimensiones del templo, que me parecieron enormes, y así se lo dije al Arzobispo.

“Sin embargo, me observó él, no está construida todavía ni la mitad de todo el proyecto. Lo que usted vé no es sino el tronco y la cabeza de este cuerpo; le faltan las extremidades, piernas y brazos. Los trabajos de esta grande obra se iniciaron hace largos años, pero pasarán años más largos antes de que el monumento esté concluido”.

—¿Y por qué, le pregunto, tanta lentitud? No será falta de dinero, en este país de multimillonarios.

—¡Los multimillonarios! exclama el Arzobispo con desconsuelo; en realidad tengo muchos feligreses multimillonarios; pero su dinero sirve para todo menos para esta Catedral. No vienen a los oficios esos multimillonarios; no visitan jamás su iglesia; no la conocen, no les importa nada que esté inconclusa”.

Corroborando esta declaración del señor Greer, referente a Nueva York, yo me permití decirle que había visitado ya en Washington, Filadelfia y Nueva York 17 iglesias protestantes de diversa denominación, los días domingos, puesto que durante el resto de la semana permanecen herméticamente cerradas; las había visitado a las horas de los servicios divinos, matutinos y vespertinos, y los había encontrado a todas muy poco frecuentadas; algunas, prácticamente vacías.

En cambio, le añadí, he asistido el último domingo, por vía de observación y de estudio a cinco misas seguidas en la Catedral Católica de San Patricio, desde las 7 de la mañana hasta el medio día, y en todas ellas la iglesia estaba de bote en bote.

“En realidad, declara el Arzobispo, con alguna melancolía, la vida católica en los Estados Unidos es muy intensa; en los últimos 25 años el catolicismo ha dado pasos de gigante”.

Si usted me lo permite, añadí yo, le expresaría mi teoría acerca del vacío que he advertido en torno del culto protestante en general.

“Al culto protestante, y lo he visto en casi todas sus variedades litúrgicas, no le encuentro sabor ni significado. Himnos, cánticos, oraciones; podrían ser cantadas o rezadas en cualquiera parte, en las casas particulares lo mismo que en las iglesias. El templo, protestante, a mi modo de ver, es más bien una sala de reunión; pero no es la casa de Dios, **Domus Dei**, como lo es, o pretende serlo el templo católico. Nosotros creemos que Dios está realmente en nuestras iglesias; ese es el culto de la Eu-

caristía, verdadero centro de la vida religiosa católica.

Los templos de ustedes son fríos, sin calor, sin sabor, a lo menos para mí, sin atractivo místico, no está Dios en ellos, ni están sus santos. ¿Cómo quiere usted que no estén cada día más vacíos?”

“Venga usted a ver nuestros santos, me dijo por toda respuesta el Arzobispo; venga usted, y en el tono de voz había algo como un acento de triunfo.

“Me condujo al fondo del ábside, detrás del altar mayor, único altar de la Catedral de San Juan el Divino.

“Todo el semicircular del inmenso ábside estaba ocupado por doce capillas inconclusas todavía, y dedicadas cada una a un santo o santa, cuyas bellas imágenes de mármol, estaban colocadas sobre pedestales de piedra.

“Estaban allí, efectivamente, algunos de los más célebres y populares santos católicos del calendario. “Qué sorpresa y que placer experimento, señor Obispo, le dije, al encontrar aquí, en un templo protestante, estos viejos y queridos amigos míos, los santos católicos.

“Pero, ¿qué explicación tiene esto? Ustedes proscibieron hace siglos el culto de los santos, y destruyeron sus imágenes...”

El Arzobispo me explica que la Catedral de San Juan el Divino de Nueva York está destinada a ser en el protestantismo universal lo que es la iglesia de San Pedro de Roma en el catolicismo universal: el centro internacional de la vida protestante. La población de los Estados Unidos procede de todos los países y razas humanas; y ese carácter le es mantenido por una inmigración permanente, que procede también de los cinco continentes del globo.

San Juan el Divino abrirá un día sus puertas para recibir a todos esos inmigrantes y viajeros que diariamente descienden en los muelles de Nueva York.

Y fuimos recorriendo una tras otras las capillas destinadas a las diversas nacionalidades, y adornadas cada una con la imagen del santo respectivo: capilla fran-

cesa, con San Martín de Tours; capilla alemana, con Santa Gertrudis; capilla eslava, con San Cirilo; capilla escandinava, con Santa Brígida; capilla irlandesa, con San Patricio; capilla inglesa, con San Jorge, etc...

Mientras recorríamos una a una las doce capillitas se acercó al Arzobispo un caballero alto, rubio, calvo, de grandes bigotes caídos, de fisonomía poco simpática, y que podía tener unos 50 años. Vestía también de civil, aunque apenas se veía su traje porque lo cubría de arriba a abajo un saco de brin claro, que parecía haber puesto para protegerse del polvo de cal; pues estaba dirigiendo los trabajos de reparación interior de la iglesia. El Arzobispo me lo presentó como uno de sus canónigos. El canónigo quedó incorporado al grupo por el resto de mi visita a la Catedral.

Yo proseguí expresándome con la misma libertad que antes.

"He aquí, a mi juicio señor Arzobispo, uno de los grandes errores de la reforma, le dije, señalándole las estatuas de los santos: suprimir en la religión el culto de los santos es desterrar de la vida cristiana la santidad misma.

"El Arzobispo me respondió: "El protestantismo, es preciso recordarlo, no pretende ser una religión nueva, ni lo es; no es nada más que una reacción del catolicismo. El culto católico se había recargado con exceso de prácticas exteriores que no correspondían a ninguna doctrina o principio espiritual. La reforma reaccionó en el sentido inverso, hacia la simplicidad, hacia la espiritualidad, hacia la verdad en el culto. Pero parece ser una ley fatal que las reacciones aún las más saludables, resulten exajeradas; nosotros fuimos demasiado lejos en la nuestra; y estamos reaccionando poco a poco en sentido contrario. La iglesia anglicana, sobre todo en su alta iglesia, tiene una liturgia muy parecida a la católica, y completamente distinta de la que practicaba hace un siglo. Ya ve usted como estamos reponiendo las imágenes de los santos y sonriendo bonda-

dosamente añadió: "Por ahora no les rezamos, pero no es completamente seguro que dentro de algunos años no les recemos".

El canónigo, que estaba detrás del Arzobispo en el momento en que él pronunció estas palabras, manifestó en un expresivo gesto de su cara la sorpresa y el disgusto que ellas le producían; y mirándome a mí fijamente me hacía signos negativos con la cabeza y con el índice de la mano derecha. El canónigo no estaba de acuerdo, al parecer, con su Arzobispo en esta materia, y lo desaprobaba a sus espaldas. "Este canónigo, pensé, debe pertenecer a la izquierda de su asamblea parlamentaria".

El Arzobispo prosiguió: "Yo sé muy bien cuánto provecho espiritual y que tesoro de buenos ejemplos y de heroicas virtudes pueden sacarse a manos llenas de la vida de los santos".

"No, no", desaprobaba el canónigo con la cabeza y con el dedo.

"La sabiduría de la iglesia católica, prosiguió el Arzobispo, es muy grande al poner delante de los ojos de los fieles el ejemplo de los santos.

"No, no", decía con el dedo el canónigo izquierdista.

"Nada más fácil que imitarla, señor Arzobispo, le dije yo, mirando al canónigo para ver si también reprobaba mis palabras con sus signos negativos. Pero parece que el canónigo reservaba sus censuras tan sólo para el Arzobispo, su superior jerárquico".

Volvíamos al presbiterio, y nos pusimos a observar las bellezas del altar. Una gran cruz de plata maciza era su adorno principal; pero una cruz vacía, desnuda, una cruz sin el Crucificado.

—¿Qué significado tiene esta cruz, señor Greer? ¿Por qué no tienen ustedes sobre el altar un Crucifijo como nosotros?

—Hace cuatrocientos años, dijo el Arzobispo, que el Crucifijo católico desapareció de nuestras iglesias; desapareció jun-

to con los santos, en aquella reacción de que ya he hablado.

—Pero, ¿cómo es posible que comiencen a volver los santos a las iglesias de ustedes, y que todavía no le hayan abierto las puertas al Santo de los santos?

Si le he de hablar con toda franqueza, una iglesia sin un Crucifijo no es para mí una iglesia cristiana. El cristianismo es la religión del Cristo crucificado, y no es otra cosa. El Crucifijo, símbolo de la redención del género humano, compañero de la santidad y de la penitencia, no puede estar ausente de una iglesia cristiana, ni de la vida cristiana”.

Pero no me atreví a expresarle al Arzobispo anglicano de Nueva York el fondo de mi pensamiento a este respecto, el cual habría podido expresarse así:

“En cuatrocientos años de existencia, el protestantismo ha producido muchos cumplidos caballeros, pero ni un sólo santo; porque la santidad sólo se engendra teniendo perpetuamente a la vista la imagen del Cristo crucificado, y recibiendo en el pecho su verdadero cuerpo y su verdadera sangre en la verdadera Eucaristía y no en los simulacros de Eucaristía, inventados por asambleas parlamentarias con centros, izquierdas y derechas”.

—Para nosotros, dijo el señor Greer, la verdad fundamental de la religión cristiana es la Resurrección; y esa cruz — señalando la del altar — sin el cuerpo pendiente de Jesucristo, es un verdadero símbolo.

—No comprendo cómo, le dije, una simple cruz vacía puede ser el símbolo de la Resurrección. Si la cruz es algo en nuestra religión, es porque Cristo murió en ella; pero si eso se olvida, la cruz no es más que un instrumento de infamia, y no el símbolo de la Resurrección.

Como verdadero símbolo de la Resurrección, ustedes debieran poner sobre sus altares un sepulcro vacío; eso sí que sería claro y sugestivo”.

—Per haps You are right, dijo el Arzobispo (tal vez tiene usted razón).

Por cuarta vez el canónigo izquierdista hacía signos negativos a espaldas del Arzobispo.

La visita a la Catedral había terminado. El Canónigo nos acompañó hasta la puerta y allí se despidió. Una vez en la plaza, pregunté al Arzobispo: “éste benemérito canónigo que nos ha acompañado ¿a qué lado de su asamblea parlamentaria pertenece?” A la extrema izquierda, respondió Mr. Greer.

Mi diagnóstico había sido certero.

TERCERA PARTE

Daban las 12 en el reloj de la Catedral de San Juan el Divino cuando el Arzobispo me invitó a visitar el Hospital de Caridad, la Escuela de Cantores, y su casa habitación.

No haré una descripción muy detallada de esta triple visita; ello no tendría objeto alguno. Sólo diré que el hospital anexo a la Catedral, y que forma parte integrante de la arquidiócesis anglicana de Nueva York, era, como por lo demás lo son todos los hospitales americanos que conocí, una maravilla de higiene, confort e instalación.

La Escuela de Cantores es para niños pobres de buena voz. En pago de ella, la iglesia les costea su educación. Las tienen casi todas las iglesias protestantes. Estos niños forman unos coros admirables, que es lo único realmente bello e impresionante en los servicios religiosos de esas iglesias. No olvidaré nunca las voces puras y argentinas, ni las mejillas sonrosadas ni las cabecitas rubias de aquellos numerosos grupos de niños, desde diez hasta quince años, verdaderos coros de ángeles, que cuando entonaban sus himnos religiosos parecían transportarme fuera de la tierra.

Como “ a todo señor, todo honor”; y como la verdad ha de ser reconocida y proclamada siempre por un hombre de bien, aunque ella sea favorable a credos religiosos que no son el propio, es preciso dejar constancia de que la labor social que se desarrolla en torno de cada iglesia protes-

tante es muy superior a su labor propiamente religiosa.

La tendencia predominante del protestantismo contemporáneo al menos el protestantismo americano es hacer el bien en torno suyo, sobre todo el bien material; sin preocuparse mayormente de la doctrina religiosa, ni del culto propiamente dicho. Su lema no parece ser este: "Yo soy la luz del mundo, quien me sigue no anda en tinieblas", sino este otro, que también es una frase bíblica: "Dios es caridad".

El Rector de la iglesia presbiteriana que visité, el Rev. Merrill, me obsequió la Memoria anual de su parroquia, presentada por él a fines del año anterior al Consejo directivo, aquí diríamos a la Junta parroquial de su iglesia. Era un elegante volumen de más de cuatrocientas páginas, ricamente impreso y profusamente ilustrado.

Allí se veía un espléndido panorama gráfico, el conjunto de obras sociales en que estaba empeñada la parroquia presbiteriana; todas ellas tendían a mejorar la situación económica y material de los feligreses; a suprimir de entre ellos la pobreza sórdida, la miseria, que es el peor enemigo de la religión, y de la civilización.

Creo sinceramente que en esta materia que los americanos pueden dar lecciones muy prácticas y provechosas al resto del mundo.

Mi visita a la casa habitación del Arzobispo Greer no duró más de cinco minutos. Me llevó a su hogar con la intención de presentarme a su señora y a su hija única; pero las damas no estaban en la casa; y por este motivo sólo permanecí en la magnífica residencia arzobispal los minutos suficientes para apreciar la elegancia, el buen gusto irreprochable y el perfecto confort, tanto de la casa como del mobiliario.

También alcancé a fijarme en que el cuadro principal que adornaba el hall del segundo piso, es decir, del sitio de la casa en que la familia pasa la mayor parte del día, el living room en una palabra, era una

magnífica copia de la Madona de la Silla, de Rafael.

Al ver a la Virgen y Madre de Dios presidiendo la vida familiar del Arzobispo anglicano de Nueva York, no pude menos de pensar:

"Doce santos en su catedral; la Virgen en su casa: buenos augurios de la futura reconciliación..."

El Rev. Greer me despidió en la puerta de su residencia cerca de la una de la tarde. Impuesto de que yo me embarcaría para Europa el 24 de Octubre, me anunció su visita en mi hotel para una semana antes de esa fecha.

"Aprovecharé mi visita, me dijo, para hacerle una consulta muy importante.

—A mí, Su Señoría me va hacer una consulta... muy importante?

—Sí, lo deseo; lo necesito.

Debo confesar que desde el momento en que el Arzobispo anglicano de Nueva York me anunció su visita y una consulta importante que me haría durante ella, me cogió una viva curiosidad, y al mismo tiempo la natural preocupación e inquietud de que, llegado el momento, el consultor católico de un Obispo protestante no estuviera a la altura de las circunstancias.

¿En qué materia podría yo tener más conocimientos que él? Recorría todos los temas posibles, y no encontraba ninguno sobre el cual yo pudiera darle luces que a él le faltaban; a menos que se tratara de informaciones sobre Chile. Pero pedirme algunas informaciones sobre mi país, acerca del cual él tenía en realidad pocas noticias, no habría sido hacerme una consulta importante.

El señor Greer me hizo su anunciada visita el mismo día y a la hora exacta en que me la anunció por carta con cuatro días de anticipación. La exactitud, que Luis XIV definía como la política de los reyes, es también una virtud de ciertas razas, y la raza sajona parece tenerla en más alto grado que la nuestra.

El Arzobispo de Nueva York entró en materia, es decir, comenzó a formular su

anunciada consulta pocos minutos después de su llegada al salón del Biltmore Hotel, donde tuve el honor de recibirlo.

He aquí de que se trataba; y lo que sigue es un reducido extracto de la larga exposición del dignatario eclesiástico anglicano.

El protestantismo de los Estados Unidos preparaba en esos días del otoño de 1915 un Congreso solemne que debía tener lugar en Panamá durante los meses de Enero y Febrero siguientes. En él iban a estar representadas todas las denominaciones protestantes; iba a ser un Congreso Pan-Protestante.

La sede del Congreso, Panamá, punto estratégico situado entre las dos Américas latinas, indicaba por sí solo que las actividades de la futura asamblea estaban relacionadas con los países americanos de habla española, y no con los Estados Unidos.

Cada denominación protestante había designado ya de su seno el grupo de hombres que la había de representar en el futuro Congreso. Estos grupos habían celebrado una reunión preparatoria, y se habían puesto de acuerdo para nombrar Presidente del Congreso al Arzobispo Episcopal de Nueva York, el Rev. David Greer, mi interlocutor de ese momento, considerado por todos como la personalidad más representativa del protestantismo de los Estados Unidos.

El anglicanismo no era la denominación cristiana más importante de los Estados Unidos, bajo el punto de vista del número de sus adeptos; los metodistas baptistas y presbiterianos eran más numerosos pero a la iglesia anglicana le correspondía legítimamente los honores y las responsabilidades de la presidencia, por la moderación de sus doctrinas, por el prestigio de sus hombres, y por ser la hija mayor de la iglesia de Inglaterra.

El objeto verdadero del Congreso de Panamá, su objeto exclusivo era éste: estudiar y exponer la situación espiritual de los numerosísimos ciudadanos americanos es-

tablecidos por razones de negocios en México, Centro América y Sud América, y trazar un plan de atención religiosa directa y eficaz para todos ellos. El Congreso sería, pues, un Congreso misionero; pero de misioneros protestantes y para protestantes; no de misioneros protestantes para católicos.

Y éste era el punto delicado, delicadísimo que el señor Greer deseaba tratar conmigo, y sobre el cual deseaba hacerme una consulta.

La prensa americana se ha ocupado ya del Congreso de Panamá, y desgraciadamente algunos de sus órganos, sin duda deficientemente informados, los están desnaturalizando, lo están desfigurando; le están dando un carácter que no tiene: el de una vasta empresa de conquista espiritual de los países católicos de la América española por los misioneros protestantes de Estados Unidos.

Esta noticia ha llegado ya a conocimiento de las poblaciones católicas de estos países, y sus pastores han expresado su desagrado y su justa alarma; ellos se creen en la víspera de una inmensa y bien organizada ofensiva del protestantismo entero de los Estados Unidos contra el catolicismo de la América Latina.

Estos rumores han producido al Arzobispo una amarga contrariedad. Son falsos, es cierto; pero también son incontrastables, en un país como Estados Unidos en que la prensa tiene tan prodigiosa difusión y tan absoluta libertad.

El, Mr. Greer, presidente del futuro Congreso, y sobre quien recae especialmente la responsabilidad de sus actividades, se cree en el deber sagrado de tranquilizar a los católicos de la América Latina, principalmente a su clero.

¿De qué manera? Dándole al Congreso de Panamá la verdadera fisonomía que debe tener: en vez de ser un congreso pan-protestante, es decir, compuesto exclusivamente de confesiones protestantes, que sea un congreso pan-cristiano, es decir, que asistan también a él los católicos de la

América Latina, representados por sus obispos. La presencia de obispos católicos en ese Congreso lo despojaría de todo carácter de empresa misionera protestante en países católicos, dándole su verdadera tisonomía.

¡Oh! cuán satisfactorio sería para él presidir esa gran asamblea en que estuvieran representadas todas las interpretaciones del Evangelio y todos los matices de las creencias cristianas.

Empero, está lleno de vacilaciones. Los precedentes no son favorables a su propósito. La Iglesia Católica rehusa sistemáticamente tomar parte en esta clase de asambleas. El habría enviado ya las invitaciones respectivas; pero teme dar un paso en falso, teme un rechazo de parte de los obispos católicos latinoamericanos.

—“¿Qué piensa Ud. sobre el particular? Y ésta es la importante consulta que le había anunciado. ¿Debo mandar, puedo mandar invitaciones a los obispos de Chile? **Lo que Ud. me diga, eso haré.** Y, naturalmente, lo mismo que Ud. me insinúe hacer con Chile, lo haré también con Perú, Bolivia, Argentina y Brasil, con todos los países de la América española.”

Si yo le hubiera dado inmediata y espontánea expresión a las ideas y sentimientos que la consulta del Arzobispo despertaba en mí, le habría dicho sencillamente: “¿Cómo se le ocurre a Ud., señor, que obispos católicos van a venir a ocupar asientos en una asamblea protestante y en tomar parte en sus deliberaciones? ¿Cómo se le ocurre a Ud. eso? ¿Cuándo se ha visto eso?”

Pero, disimulando mi sorpresa, le dije simplemente: “Su consulta es de alto conocimiento, señor Arzobispo; y Ud. me dará tiempo para estudiar la respuesta”.

—¡Oh!, naturalmente; tómese Ud. todo el tiempo que quiera, y bastará que antes de irse a Europa me envíe cuatro palabras sobre el particular”.

El sabía muy bien que yo estaba en contacto con la Embajada de mi país, y con

las Embajadas o Legaciones de otros países sudamericanos, cuyo personal veraneaba en Nueva York. Estudiar mi respuesta equivalía a decirle: “Voy a transmitir su consulta a los diplomáticos sudamericanos, y en seguida le traeré a Ud. su autorizada respuesta”.

Fué precisamente lo que hice. Esa misma tarde puse en conocimiento del Embajador de Chile, la consulta del Arzobispo de Nueva York.

El señor Suárez Mujica, que no siendo un católico no tenía obligación de estar impuesto de los principios y costumbres de la Iglesia Católica en esta materia, estimó al principio que debía aprovecharse una oportunidad como la que ofrecía el Arzobispo de Nueva York y debía corresponderse a sus anhelos de acercamiento y cordialidad entre las iglesias protestantes de Norte América y la iglesia católica de la América Latina. Como diplomático consideraba la cuestión exclusivamente bajo el punto de vista internacional y de relaciones entre países, prescindiendo de consideraciones doctrinarias y religiosas.

Además, creía ver en esta proyectada invitación una oportunidad brillante para que el clero chileno demostrara su manifiesta superioridad en talentos, ilustración y virtudes sobre cualquiera otro clero del Continente, y especialmente, sobre el clero protestante de los Estados Unidos.

Y su patriotismo se regocijaba, y se exaltaba ante esta escena que no había de realizarse: el Obispo de La Serena, don Ramón Angel Jara, haciendo uso de la palabra en el Congreso Pan-Cristiano de Panamá.

“En todos los Estados Unidos, decía, no hay ningún orador sagrado ni católico ni protestante que le llegue al talón a Ramón Angel. Si Ramón Angel toma la palabra en ese Congreso, yo no sé que podría pasar; el Congreso Protestante podría convertirse todo entero al catolicismo”.

Así pensaba y así sentía el Embajador de Chile, dominado por su patriotismo, sen-

timiento que tanto se acrecienta en el extranjero.

El Embajador del Brasil, señor Domicio da Gama, hombre muy versado en materias religiosas, como en toda clase de materias, puso la cuestión en su verdadero terreno: "No se debe invitar oficialmente a la Iglesia Católica a un Congreso protestante; tal invitación entraña el olvido de lo que es la Iglesia Católica con respecto a las sectas disidentes, y envuelve una injuria. Oficiosamente puede consultarse a cada obispo en particular si aceptaría ocupar un asiento de **observador** en el Congreso, y simplemente como un medio de disipar prevenciones y falsos rumores".

El señor Rómulo Naón, Embajador de la República Argentina, no fué consultado, porque en esos mismos días se había vuelto a Washington.

A mí me fué duro hacerle al Arzobispo Greer una segunda visita con el sólo objeto de darle una respuesta negativa a su consulta. Mis ideas sobre el particular coincidían exactamente con las del señor Da Gama, a las cuales, finalmente, se plegó también el señor Suárez Mujica.

El Arzobispo Greer no disimuló su contrariedad al conocer la opinión que yo le presentaba como mía, pero cuya procedencia diplomática él no ignoraba. Hizo comparaciones algo amargas entre esta estrechez de criterio y la amplitud de que la iglesia católica americana daba frecuentes muestras en ocasiones análogas a la presente, insistiendo en los resultados benéficos para los intereses católicos que siempre había traído el **liberalismo** del clero católico americano. Los gloriosos nombres del Cardenal Gibbons, Arzobispo de Baltimore y de Mons. Ireland, Arzobispo de San Pablo, fueron pronunciados con gran respeto y simpatía por el señor Greer; y señaló a esos grandes eclesiásticos como los precursores, dentro del catolicismo, de un movimiento de acercamiento, de mejor inteligencia entre las iglesias cristianas, que ya va muy adelante y que nada ni nadie podrá detener.

"La unión de las iglesias cristianas, decía, de todas las que merezcan este nombre, es una idea en marcha, y no se detendrá en la mitad del camino. Es mi más grande anhelo, el ideal de mi vida. ¿Por qué Uds. no colaboran también en este movimiento que viene de Dios?"

En seguida el señor Greer reprocha a la Iglesia Católica Oficial la severidad, la intransigencia de sus actitudes para con las demás iglesias cristianas; y las califica de actitudes exentas de caridad.

Yo le observo muy respetuosamente que la intransigencia de estas actitudes no es más que la consecuencia lógica de la intransigencia de los principios; y la intransigencia en los principios es la actitud lógica de quien se considera depositaria de la verdad; título principal con que la Iglesia Católica se presenta ante el género humano reclamándole su consideración y respeto.

El señor Greer estuvo triste, melancólico, durante esta tercera y última entrevista conmigo, la cual tuvo lugar en su presbiterio.

Parecía no conformarse con que el próximo Congreso de Panamá, que él iba a presidir, no tuviera el aspecto de un Concilio plenario de todas las iglesias cristianas del Nuevo Mundo con que él había soñado.

"La Iglesia Católica, dijo por fin, que es la madre de todas las iglesias cristianas separadas, parece no amar a sus hijas, porque evita sistemáticamente su sociedad y compañía".

Yo me permití observarle al señor Greer que, aceptando por un momento la comparación, que no era a mi juicio enteramente exacta, era conveniente recordar cuantos sinsabores han dado a su madre estas hijas suyas, desde que nacieron a la vida hace cuatrocientos años sin que su madre las diera a luz; y cuantos le están dando actualmente, particularmente en Estados Unidos".

Porque los diarios de aquella fecha venían llenos de alabanzas al Ejército Constitucionalista mejicano, que, comandado

por el General Venestuniano Carranza, había consumado los más horribles atentados contra la iglesia católica mejicana y en general contra los católicos de ese país.

“El simple reconocimiento del Gobierno de Carranza por el Presidente Wilson, le dije es la mayor injuria que se puede hacer a la Iglesia Católica, la conciencia católica universal”.

Al expresar esta última idea, yo era también eco fiel del común sentir de los Embajadores del A. B. C.

Y así terminó mi charla de tres horas con el Arzobispo anglicano de Nueva York. Al despedirnos me preguntó si volvería a verme; y parecía preguntármelo con sincero interés, con algún afecto. “Es muy poco probable, señor Arzobispo, le dije, al menos en este mundo”.

No era fundado el cargo hecho a la Iglesia Católica, por el Arzobispo anglicano de Nueva York de ser una madre que no ama a sus hijas, las iglesias separadas de su seno hace cuatrocientos años. Diariamente la Iglesia Católica eleva preces al cielo por la intención de que esas amadas hijas suyas vuelvan al regazo maternal.

En el Congreso Pan-Protestante de Panamá, celebrado durante los meses de Enero y Febrero de 1916, y a cuyo prólogo hemos asistido hoy se trazó el plan de una ofensiva general protestante contra el catolicismo de la América Latina, según lo explicó, sólidamente documentado, el Ilmo. Obispo de Concepción, Monseñor Fuenzalida, en Octubre pasado, y desde esta misma tribuna.

¡Qué discretos estuvieron los Embajadores sudamericanos al insinuar, por mi conducto, al Arzobispo anglicano de Nueva York, Presidente del Congreso, que no enviara invitaciones a los obispos católicos de la América Latina!

Sea dicho en descargo del Arzobispo Greer, y para honra de su memoria, que él no hizo más que inaugurar el Congreso de Panamá, como Presidente. Cuando vió el rumbo que tomaban los debates contra su voluntad y contra sus esperanzas, pero por la lógica de las cosas, renunció a la presidencia y se volvió a Nueva York con el alma amargada.

“La Religión Cristiana tiene una participación tan múltiple en la conformación actual del mundo, que su figura ha llegado a ser el factor más importante de la historia universal”. — Schiller.

La China en los designios del Soviet

Por el Rev. P. Peter Schmitz, S. V. D.

Al meditar sobre los acontecimientos que hemos visto desarrollarse en los últimos años en la China, nos debemos convencer que el bolchevismo ruso trabajó allá con un particular ahinco, más, que el Soviet atribuye al Imperio Celeste un rol decisivo en sus planes de revolución mundial. Sin duda, Koudenhove-Kalergie tiene razón al decir que la Rusia Soviética no dirige sus miras imperialistas inmediatas hacia Europa, sino hacia Asia, ante todo hacia China. Aunque el proyecto, de unir a su confederación una república soviética china hayan fracasado por lo pronto, por esto no ha abandonado la idea, al contrario, los agentes del bolchevismo trabajan cada vez con mayor empeño. El hecho, que el Soviet se haya dirigido al Este, debemos considerar como uno de los acontecimientos más alarmantes para el porvenir del mundo.

I.—Las intenciones de Moscú en la China

No cabe duda alguna que Rusia sigue con toda decisión adelante en su proyecto gigantesco de revolucionar al mundo entero. El camino hacia el Occidente, con sus instituciones políticas seculares le opone las mayores dificultades, en cambio el Oriente ofrece aspectos muchos más favorables para sus fines.

Asia parece hasta por su situación geográfica y por su parentesco espiritual estar destinada para formar una reserva inagotable del poder material y político de Rusia. Especialmente la China presenta todas las condiciones para poder llegar a ser una aliada poderosa del Soviet en su orientación económico-materialista y su organización industrializada. Posee un enorme territorio, probablemente rico en materias primas y que se presta excelentemente como base, para formar sobre ella una

civilización industrial formidable; (1) posee además una población enorme, la cual, una vez despertada en ella plenamente la conciencia nacional, y prevista de todos los medios modernos de la civilización, podría transformar aquel país en el más poderoso de toda la tierra. Y esto no son puramente ilusiones para un futuro lejano, sino un factor con el cual cuentan los cabecillas del Soviet en Moscú y que constantemente ponen a la vista de los partidarios de la Tercera Internacional.

Por este motivo la dicha internacional comunista sigue con la mayor atención los sucesos de la China y aprovecha toda ocasión para manifestarle su interés. Con motivo de la octava asamblea del Consejo Central de la R. G. I. (Internacional Sindical Roja), inaugurada el 8 de Diciembre de 1931 en Moscú, se eligió presidente al chino Van-Min. Entre los tres temas presentados por el secretario general figura también la defensa de la revolución china, al lado de la organización de la clase proletaria contra la ofensiva capitalista y la defensa de la Unión de los Soviets. Conforme al programa colonial del bolchevismo, la sesión plenaria lanzó un manifiesto a los obreros de todos los países del siguiente tenor: "Afuera de la China con los ladrones imperialistas". (Seg. La Bandera Roja, Viena 10. 12. 31). Por tales se entienden los ingleses, franceses, norteamericanos y, a consecuencia de los úl-

(1) Conforme a las últimas investigaciones parece sin embargo que las riquezas naturales de la China no son tan importantes como se creyó durante largo tiempo. Seg. Berno Risehe, "Estado y desarrollo de la Industria China", dicho país es netamente pobre en minerales (con excepción del carbón); las existencias de fierro son sumamente reducidas. Lo mismo opinan otros autores, entre ellos chinos.

timos acontecimientos en la Manchuria, muy especialmente los japoneses. El representante chino invitó al proletariado del Japón y de la China a la lucha en común en contra la agresión de la Manchuria y en defensa de la revolución china.

De cuando en cuando se lanzan llamados al proletariado internacional comunista, para considerar asunto de interés propio, esta revolución. Uno de dichos llamados reza así: "El proletariado del mundo entero debe oponerse con todas sus fuerzas a los planes de latrocinio del imperialismo mundial en contra de China y rechazar el ataque imperialista contra la Unión de los Soviets". Esto muestra claramente la importancia primordial que atribuye el Comunismo Mundial justamente a la China.

Correspondiente a esta importancia desarrolla también una perseverante actividad en todo sentido, en especial en los campos económico, social, nacional y cultural. Esto tiene por consecuencia que, aunque hasta ahora el bolcheviquismo no haya alcanzado a implantar una República soviética Pan-China, gana sin embargo constantemente en simpatías, especialmente entre la juventud china.

La Unión de los Soviets supo luego después de la guerra ganarse las simpatías de la Joven China por medio de gestos políticos habilmente escogidos. Se mostró justamente en aquellos puntos partidario de ella en que la conciencia nacional china, recién despierta, había sufrido desengaños de parte de sus ex-aliados. (1) Así por ejemplo denunció a favor de la China no solo a todas pretensiones territoriales, sino reconoció también la Mongolia exterior como parte integrante de ella y canceló lisa y llanamente las concesiones rusas, existentes en algunas ciudades. Abolió la extraterritorialidad de sus súbditos en China y declaró nulos todos los tratados des-

iguales del gobierno zarista. Finalmente dió a su representante diplomático el rango de embajador, quedando este ipso facto decano del cuerpo diplomático.

La Rusia Soviética trató espontáneamente a la China sobre la base de una absoluta igualdad de derechos. Tal deferencia era algo enteramente nuevo para la China, jamás ninguna potencia la había tratado en esta forma. No es de extrañar por consiguiente, que el Soviet se conquistó la simpatía de la juventud china la cual vió luego en él su ideal político.

Los rusos no omitieron tampoco de hacer mucho hincapie en la pureza de sus intenciones, y al contrario de las potencias occidentales no perseguían ningún objetivo militar o imperialista. Supieron provocar en la opinión china la impresión del desinterés y de la honradez, al presentarse como los libertadores de los pueblos coloniales y semicoloniales, categoría esta última a la cual pertenecía también la China (Sun Yat-Sen dice de su patria que ella era la colonia de todas las potencias que habían firmado tratados con ella.)

Conforme a este programa trabajaron los emisarios de Moscú a fin de despertar en el coloso amarillo la conciencia nacional y la confianza en su propio poderío. De este modo se vistió el bolcheviquismo internacional en la China de uniforme de nacionalista e hizo repercutir por todos los ámbitos del inmenso imperio el grito: "¡La China para los chinos!" El país debía librarse con la ayuda rusa del imperialismo militar y capitalista de las potencias extranjeras y debía tomar en sus propias manos las riendas de su destino. Hubo muchos momentos que el Soviet sabía explotar habilmente a su favor, como: la obstinación de las potencias en mantener en vigencia tratados unilaterales que las favorecían, las operaciones y demostraciones militares de los últimos tiempos, los métodos primitivos de explotación de las industrias del país, de parte del mamonismo indígena y extranjero, el fracaso de la Liga de las Naciones, "incubadora de guerras im-

(1) Tchai Tsoun-tehm: Essai historique et analytique sur la situation internationale de la Chine. París 1929.

perialistas y rapiñas coloniales", en los asuntos de Manchuria, etc. Así podía gritar con apariencia de derecho y para que se lo oyera hasta los confines del país que ella era "la única potencia anti imperialista, que lucha resueltamente contra los tiranos imperialistas, contra la rapacidad de los planes guerreros de los Estados Mayores de Tokio, de Nueva York, de Londres y de París, contra la alianza antirrevolucionaria del Kuomintang con los imperialistas, con las masas revolucionarias de los obreros y campesinos". Y estas masas están todas conducidas por bolcheviques. En un principio eran rusos, especialmente enviados desde Moscú para este objeto, pero que ahora ya han sido reemplazados por comunistas del país, preparados con todo esmero adhoc. El "Evangelio" de la redención del yugo imperialista, militar y capitalista todavía hace su efecto propagandista a favor del bolcheviquismo.

Con la propagación de sus peligrosas ideas en el país más grande del lejano oriente pretende el Soviet al mismo tiempo herir a sus principales adversarios imperialistas: Inglaterra, Francia, Estados Unidos y Japón. Por la bolcheviquisación de la China pretende quitar a dichas potencias la base económica e impedir su expansión económica en el lejano Oriente, las que necesita para su propio bienestar. Una vez que la China habrá salido de su letárgico sueño no será difícil pronosticar que pronto seguirán otras naciones, especial la India. En la China y en la India vive la mitad de la humanidad, y si el Soviet consigue bolcheviquisarlas, las consecuencias para el desarrollo de la historia serían incalculables.

Considerando estas expectativas se ve que el bolcheviquismo tiene rasgos de lo suprahumano de lo excesivamente grande. Ha caído en una verdadera gigantomanía, esto lo revela tanto el baile fantástico de números del plan quinquenal como también sus planes políticos. Y no se puede negar que detrás de este desenvolvimiento de fuerzas de conquista no hay solamente

una voluntad férrea, sino también una cabeza que calcula sobre la base de todos los factores reales.

Pero también los factores secundarios están tomados en cuenta, que según el comunismo son los factores de capitalismo. Aquí tenemos en primer término la idiosincracia burguesa de cuya principal característica se considera la Religión de Cristo. El comunismo en su totalidad reconoce en la Iglesia Católica su enemigo más poderoso en las esferas de las ideas. Y así no andaremos equivocados, si suponemos que el bolcheviquismo desarrolla justamente en la China tanta y tan amplia actividad con el solo fin de adelantarse a la Cristianización del imperio Celeste. Obteniendo el Soviet este resultado, el trabajo misional quedaría por mucho tiempo paralizado y en caso contrario el bolcheviquismo perdería sus más favorables posiciones, si la Religión de Cristo echaría raíces más hondas en el país. El movimiento bolchevique representa para misiones católicas un problema de primer orden.

Este problema se complica cada vez más, debido a que el Comunismo usa medios cada vez más hábiles para la consecución de sus objetivos. Procura en primer término crearse una base apropiada. En la más amplia concordancia con las enseñanzas de Sun Wen quiere elevar el standard de vida de las masas del pueblo chino. Pero esto no se consigue, sin la correspondiente industrialización, pero como ella hasta ahora estaba enteramente descuidada, es preciso recuperar el tiempo perdido a la mayor brevedad posible. Algunos círculos marxistas y comunistas de la China opinan (como nos lo hace saber Yakhontoff en su obra "Rusia and the Soviet Unión in the far East", New York 1931) que no sería imprescindible que el país pase por este proceso de industrialización, sino que el nuevo orden de cosas podría pasar por alto el sistema económico capitalista y enderezar rumbo directamente hacia el comunismo sobre la base del sistema de los Soviets; pero el maestro ruso ha debido convencer-

se de lo contrario en su, por muchos años prolongada lucha con el capitalismo occidental y por esto busca en su propio país, que tantas semejanzas ofrece con China de recuperar el terreno perdido respecto a esta industrialización, y de batir de este modo a las naciones capitalistas con sus propias armas. Quiere que el pueblo chino vaya por el mismo camino. Por esto declaró también el antiguo consejero de Sun Wen, el comunista ruso y judío Borodin: "Hoy por hoy y también durante los años venideros deben en la China tanto los comunistas como también los capitalistas (sic) servir al mismo ideal: industrializar más el país y elevar el standard de la vida".

Rusia por lo pronto no tiene efectivamente ninguna ingerencia inmediata en la industrialización de la China, desde que sus consejeros fueron expulsados del país, pero en cambio busca de salvar habilmente este vacío, demostrando desde allende de las fronteras al discípulo por medio del plan quinquenal como debe proceder. Rusia invirtió millones de rublos en la explotación de minas de carbón en la Asia Central y en la Siberia a lo largo de las fronteras de la China dormida (se dice que la cuenca de Kuznek es el mayor de los yacimientos en el mundo), de fundiciones de hierro, empresas químicas, fábricas textiles, y plantaciones de algodón. El ferrocarril de Turksib se acerca también bastante a Sinkiang. Fuera de demostrar de este modo a los pueblos de Asia de cerca las ventajas de la industrialización, persigue el Soviet otro fin: a saber él de desplazar en sus fronteras orientales a la competencia de los antiguos estados industriales por medio de la baratura de sus mercaderías.

Como fin último y grandioso pretende naturalmente el Imperialismo Moscovita la unión de toda la "Eurasia" en una sola confederación económica bajo el mando bolchevique. Aún antes de llegar a este fin, consigue Rusia ya las mayores ventajas para su propio bienestar al conquistar el mercado chino y al hacer absorber al in-

menso país buena parte de sus mercancías. Con mucha razón caracterizó el chino Wu-Ting-Fang la importancia de un más alto standard de vida de su pueblo para la economía mundial con estas palabras: "Alargad las camisas de cada chino en solo un centímetro y tendréis trabajo por un año para todas las hilanderías de algodón del mundo entero". El país que consigue abrirse el mercado de la China, necesariamente tiene que llegar a un período de prosperidad económica.

Sin una simultánea mejora de su civilización no será posible proceder a la industrialización de la China. La milenaria cultura china tendrá que ceder o a lo menos someterse a modificaciones fundamentales. Los anticuados conceptos y prácticas de la educación, del culto de antepasados, del menosprecio de los adelantos modernos de las ciencias y de la técnica deben sufrir una transformación completa. La revolución china del año 1911 era ya la consecuencia de la lucha inevitable e irreconciliable entre las antiguas costumbres, mantenidas a la fuerza contra los sistemas y las teorías de la civilización occidental que vino a imponerse con empuje avasallador. El bolcheviquismo trabaja ahora con toda su influencia en provocar una revolución cultural. En su propio carácter lleva Rusia el interés de apartar al pueblo chino de sus costumbres feudales y de ganarla para la lucha de clases comunistas; solo así puede el pueblo chino servirle de ayuda eficaz en la revolución mundial. Pero esto no lo pueden conseguir sin una cierta preparación mental, por esto el Soviet no ahorra sacrificios en este sentido. Cuanta importancia el bolcheviquismo atribuye a la instrucción popular, vemos del siguiente hecho: Sinólogos rusos del Instituto Oriental de la Academia de Ciencias de Leningrado han inventado, en unión con sabios chinos, un alfabeto chino en caracteres latinos, para que de este modo, según escribe "Prawda", los proletarios chinos no tengan que aprender los jeroglíficos de su escritura lo que nunca conseguirían perfectamente y tener

de este modo un alfabeto que con relativa facilidad puedan apropiarse”.

II.—Las expectativas de Moscú en la China

Se ha prometido poco éxito a los esfuerzos del bolcheviquismo en la China. Se ha querido ver obstáculos invencibles tanto en la psicología china como en la estructura social y económica de aquella gigantesca nación. Ante todo se creyó que las tan estrechas relaciones familiares como también las feudales y semif feudales podrían impedir eficazmente la invasión del país por el comunismo. Pero el profesor norteamericano Holcombe llama la atención y esto con todo acierto, sobre el cambio radical que ya se ha operado en el alma de una gran parte de la juventud china y como la disciplina familiar ya ha perdido su fuerza; como además la religión nunca ha entrado muy adentro en el alma chino existiendo así una atmósfera muy propicia para el desarrollo del Comunismo. El conservativismo proverbial chino no presentará por consiguiente ninguna resistencia duradera a las nuevas orientaciones ideológicas.

Se ha querido demostrar también que en la China prácticamente no existen los motivos básicos del Bolcheviquismo, a saber: las grandes fortunas y los latifundios. Según Long Kia-sion (*Le mouvement social en Chine*, Lyon, 1930) se compone el pueblo chino en su mayor parte de pobres, pero no de proletarios (desheredados), por cuanto todos son pequeños terratenientes. Los pocos ricos no explotan de ningún modo al pueblo por el mecanismo de la producción; los verdaderos explotadores con los mandarines que a raíz de privilegios políticos imponen a la nación insoportables cargas. De aquí se ha querido deducir que se imponía no una revolución económica, sino una política. Tampoco no existía ninguna base para ver en la propiedad el mal fundamental de la sociedad china. Tampoco habría nada que nivelar en la China, por cuanto la mayor parte de sus habitantes son pequeños propietarios. Contra todas

estas objeciones hablan los éxitos del comunismo en la China a los cuales nos referiremos más adelante. Estos éxitos prueban que los bolcheviques no se arredran ante consideraciones teóricas y saben adaptar sus métodos habilmente a las circunstancias.

Con una superficialidad verdaderamente sorprendente quiso la Conferencia de la Tabla Redonda del año antepasado (sesión del 24 de Octubre) despachar la cuestión comunista en China. Decíase que el bolcheviquismo era absolutamente extraño al alma chino y por esto no podría hechar jamás raíces en el pueblo chino.

La única provincia donde tendría algún éxito sería Hupei, por existir allá desde la revolución Taiping grandes haciendas que se entregó como premios a los vencedores de los sublevados. Si las informaciones que tengo a la vista sobre la discusión de este punto contienen lo que entonces se ha tratado sobre el bolcheviquismo en la China, sería esto una prueba fehaciente de la ignorancia que reina en los círculos políticos más elevados sobre el problema que una invasión comunista en la China puede provocar. La circunstancia que en Kiangsi los éxitos de los comunistas eran más o menos los mismos que en Hupei, a pesar de condiciones básicas muy diversas, da por sí solo que pensar.

Muchos creen que el comunismo no tendrá un porvenir muy lisonjero en la China porque el pueblo y en particular la población obrera no le demuestra simpatías o por lo menos se muestra muy poco accesible a sus ideas. Pero así no se soluciona la cuestión. Por lo pronto persigue la propaganda bolchevique como uno de sus fines principales el de preparar el proletariado industrial para la acogida de las ideas comunistas. Sin embargo, si el gobierno consiguiese adelantarse por medio de un razonable capitalismo del Estado al desarrollo de un proletariado propiamente dicho, no tendría el bolcheviquismo sino pocas esperanzas, por cuanto así se evitarían las grandes tribulaciones económicas y sociales,

inherentes a toda era de capitalismo privado. Pero nos encontramos en la China muy lejos de una tal solución del problema social y lo que hemos visto en los últimos años no autoriza desgraciadamente para que nos entreguemos a esperanzas tan lisonjeras, y por consiguiente no tenemos tampoco ningún motivo para considerar el problema bolchevique en la China como algo sin importancia.

El Soviet, a todas luces, está seguro del éxito de su empresa. Cada Congreso de una organización es una prueba de su inquebrantable resolución de juntar toda la China bajo su bandera. Según ya explicamos más arriba, tiene el bolcheviquismo a su favor una gran popularidad e indudablemente sabrá aprovecharse de ella con suma habilidad. Acepte la China el Comunismo o no, los comunistas aprovecharán cada descontento con el orden establecido, cada manifestación contra el dominio del capitalismo o del militarismo. Los Rusos, siendo ellos mismos orientales, encuentran muchas analogías en la China con su propio país. Tanto la Rusia actual como también la China nueva ha salido de antiquísimas monarquías, habiendo ambas adaptado una nueva civilización y estando empeñados en asimilársela. Ahora están gobernadas por un partido, por medio de una junta central ejecutiva, y a las dos se encuentran en una transformación espiritual y social. Ambas están formando una sociedad nueva por medio de una juventud educada según nuevos métodos, juventud que lucha con entusiasmo por las nuevas instituciones en el Estado y en la sociedad y que vive llena de fe en la misión mesiánica de su pueblo. Como se ve, hay muchos puntos de contacto entre ambos países.

Lo que en alto grado fortalece la acción bolchevique en la China es "su carácter primitivo, la sencillez bárbara de sus formulas" (Gurian Waldemar, *Der Bolchevismus*, Freiburg 1931). Esta sencillez impresionó muchísimo a las gentes de Rusia, que en gran parte no habían estado nunca en contacto con la civilización y para las

cuales era el Bolcheviquismo el primer heraldo y portador de ella. Esta llaneza aparente se ganará con la misma facilidad al alma chino, especialmente como ésta ha tenido aún mucho menos contacto con la civilización. Por esto no debemos anticiparnos, afirmando que el comunismo sea algo extraño por el alma del pueblo chino.

Una circunstancia que mucho ha favorecido los éxitos de los ejércitos rojos en la China (y que un caso dado podrá fácilmente resultar contraproducente) es la venalidad e informalidad de los empleados y militares chinos. Muchas posiciones han caído en manos de los revolucionarios, por haberse dado vuelta las tropas que debían defenderlas. Característico es el siguiente suceso, comunicado por la prensa y de cuya veracidad no hay motivo de dudar: "Las tropas del general rojo Kunhelung ocuparon la ciudad de Putsi sobre el ferrocarril de Hankau a Tschangtscha. Una parte de las tropas de la 12 División del gobierno, estacionado en este departamento, se sublevó y se plegó a los rojos, ayudándoles en la conquista de Putsi, a donde a toda prisa fué enviado la 44. División. Gran confusión produjo entre las autoridades el descubrimiento de que muchos empleados policiales estaban en contacto con las organizaciones comunistas, a las cuales ayudaron eficazmente". También muchos misioneros han declarado que de las autoridades locales no habría que esperar ninguna protección contra las hordas comunistas, pues o están enteramente impotentes, o se hacen los desentendidos, si no están por debajo de acuerdo con ellos. La G. P. U. cuya incumbencia principal en el extranjero es el espionaje y la propagación de la revolución universal, sabe perfectamente que hay generales chinos que fácilmente pueden comprarse para la lucha a favor de la revolución y hasta se afirma que hubo un tiempo en que disponía de la mayoría de los generales. Crear un cuerpo de empleados públicos de confianza y una oficialidad que no se vende a ningún precio, esta es una de las principales tareas del Gobier-

no nacional, si quisiera defenderse con éxito contra las bandas rojas.

Los resultados que los bolcheviques ya han obtenido en la China no deben menospreciarse. La invasión de la China por las ideas comunistas se llevó a cabo con relativa facilidad, ya que Sun Wen, el padre de la China nueva, invocó la ayuda de la Unión de los Soviets para la organización de la nueva república. Aunque Sun Wen personalmente no se inclinaba hacia las doctrinas bolcheviques, aunque él no aprobaba los métodos comunistas de la dictadura del proletariado, fijándose tan solo en la idea de la lucha contra el absolutismo a favor de los pueblos oprimidos, aplicable a la China, hay una cosa cierta y fuera de toda duda: en aquel entonces se franquearon al bolcheviquismo las puertas del celeste imperio. El viento que se sembró se ha transformado en un huracán que todo lo está asolando; los efectos de la influencia bolchevique en los círculos de la China joven fueron de muchas consecuencias. También es un hecho que los operarios de la incipiente industria china ya están en mayor o menor grado embebidos en las doctrinas de Marx y Lenin. Aunque el socialismo de Proudhon, Fourier y Marx desempeñaba ya un rol muy importante en la revolución de 1911, su verdadera actividad comenzó recién con la invasión del país por el comunismo ruso. Sun Wen sin duda no vió el peligro que el bolcheviquismo significaba para su patria, pues de otro modo no habría, en su lecho de muerte, firmado una carta en la que manifestó la necesidad de la amistad de la China con la Rusia soviética. A pesar de la retirada del Kuomintang del comunismo y de la prohibición hasta bajo la pena de muerte de adherirse a él, era más fuerte el ejemplo del "padre de la república" que perdura aún hasta hoy día entre sus admiradores. Una buena parte del mundo estudiantil está adicto al comunismo por cuanto favorece sus aspiraciones nacionalistas y consiente en sus excesos contra el gobierno establecido.

El Comunismo domina además el gran

movimiento campesino y trata de ganarlo cada vez más para sus ideas. Desde su prohibición en la China, no le queda al comunismo sino evitar la luz del día y seguir su trabajo ocultamente. No sin el consejo de la Tercera Internacional abrieron los comunistas chinos una campaña para favorecer el estallido de una revolución agraria, organizando a los campesinos contra los terratenientes. Además, la G. P. U. ha comprobado científicamente que en la China los campesinos serán quienes llevarán a cabo la futura revolución. Seguro es, que el mismo campesino nada sabe respecto a las maquinaciones secretas de sus caudillos que casi en su totalidad son funcionarios comunistas o están por lo menos bajo la influencia de ellos.

El informe sobre el primer congreso de los Soviets Chinos nos dará a conocer los éxitos y el estado actual del bolcheviquismo en la China. Dicho Congreso se llevó a efecto el 7 de Noviembre de 1931. Lo que sigue está sacado de la "Bandera Roja" de Viena del 12 de Enero de 1932: El primer Congreso de los Diputados de los obreros, campesinos y soldados se realizó en Tschitscheng, en la frontera entre Kiangsi y Fukien, en el corazón de la región soviética. Este Congreso estaba proyectado para el mes de Febrero de 1931, pero los espías y policías de los imperialistas supieron de los preparativos. Durante la sesión preparatoria en el hotel Tschunshang Luhe en Shanghai rodeó la policía el local, lo allanó llevándose presos a todos los asistentes. Dos semanas más tarde fueron los presos entregados a las autoridades y fusilados sin juicio previo.

Pero los Soviets no perdieron el ánimo. Inmediatamente después del fracaso de la conferencia preparatoria declaró el partido comunista: "Nuestros propósitos y nuestros objetivos están muy por encima de los pérfidos y sucios manejos de los imperialistas. La ejecución de nuestros compañeros no nos arredrará. El congreso se llevará a efecto". En seguida empezaron nuevamente con los preparativos y pocos

meses después se inauguró el congreso.

Los relatos de todos los delegados de las diferentes regiones eran sin excepción muy optimistas.

La mayor atención se prestó al ejército rojo que había llegado a ser "un arma poderosa de la revolución". Sus efectivos alcanzan a unos 150.000 guardias rojas, 200.000 guerrilleros organizados, guardias campesinas, centurias juveniles y grupos auxiliares de obreras y campesinas que tienen a su cargo la alimentación, servicio sanitario, costuras, etc. Socialmente se componen como sigue: 36% obreros, 57% campesinos y 7% procedentes de otras clases incluso la inteligencia revolucionaria.

Sus actividades de combate ya han salido del marco de la guerra menuda y han tomado el carácter de grandes acciones de guerra revolucionaria.

Se han propalado noticias de grandes victorias de las tropas rojas, las que tienen su buena base, por cuanto la expedición punitiva en contra de ellos, llevada a cabo por Chiang Kai-shek no ha tenido el éxito deseado. El ejército rojo rechazó tres de estas expediciones. Estos combates han servido a los rojos para adquirir las experiencias estratégicas que les faltaban. En el invierno de 1932 batieron 11 Divisiones de tropas de Nanking, de las cuales cinco quedaron completamente aniquiladas. El ejército del gobierno huyó, abandonando grandes cantidades de armas.

La consecuencia de estas victorias fué el crecimiento del poderío del soviét, cuyos territorios aumentaron en un tercio, de modo que actualmente el dominio rojo abarca más o menos la sexta parte de todo el país. Como capital provisoria y sede central del bolcheviquismo chino se designó la ciudad de Schitschoin, en la provincia de Kiangsi.

El Congreso declaró la guerra a muerte al reaccionario Gobierno de Kuomintang, al militarismo, a la burguesía y a todos los enemigos internacionales e imperialistas del pueblo chino. Se entiende que entre es-

tos enemigos figura también la Iglesia Católica.

Como un éxito decisivo señaló la prensa roja la renuncia de Chiang-Kai-shek, quien fué "literalmente barrido por el huracán de la indignación popular" y la Bandera Roja de Viena escribió al respecto como sigue: "El Gobierno Nacional de China ha renunciado, Chiang Kai-shek huyó en aeroplano a Nanking. La fuga fué motivada por el gran auge del movimiento revolucionario chino".

Interesantes son también las resoluciones del primer Congreso Soviético pan-chino, que no son sino el programa del Soviet, aplicado a las condiciones del país:

1).—Introducción inmediata de la jornada de ocho horas, de un día de descanso por semana, de vacaciones obligatorias de 15 días anuales. Jornada más reducida para operarios juveniles.

2).—Confiscación de los latifundios y su distribución entre los campesinos.

3).—Abolición de los impuestos existentes y su reemplazo por uno solo, que protegerá los intereses de los campesinos y de las masas proletarias.

4).—La cuestión de nacionalidades debe resolverse en tal forma que todas las nacionalidades (Mongoles, Tibetanos, etc.), tengan completa autonomía.

5).—En el nombre de la República socialista de los Soviets exige el congreso a los Imperialistas el retiro inmediato de la China y de Manchuria de todas sus tropas y la cancelación de todos los tratados unilaterales celebrados por los contrarrevolucionarios con los imperialistas.

III.—Europa y el peligro de la China Bolchevique

Trabajando el bolcheviquismo en la China con tanta actividad y habiendo obtenido ya tan notables éxitos (sus adherentes suman más de 60 millones o sea tantos como toda la Alemania tiene habitantes) ya no dudará nadie del peligro que este avance significa. Pero si hasta la fecha no

se haya dado la debida importancia a los acontecimientos en el lejano Oriente prueba que todavía no conoce el significado histórico del bolcheviquismo. Coudenhove-Kalergie no exagera al decir que el fenómeno del bolcheviquismo sea históricamente más importante que la misma guerra mundial. "De sus resultados, de sus éxitos o descalabros, dependerá en buena parte el porvenir de la humanidad". Recorriendo en toda su gravedad el peligro bolchevique, todo el mundo debería presentar un frente único e inquebrantable contra la Rusia Soviética. Y si Moscú se vería frente a una Europa unida, no podría dispersar sus fuerzas en la Asia. Pero tal cual están hoy las cosas, la desunión de Europa es el mejor resguardo de la vitalidad del bolcheviquismo en el país de su origen. Hopper (Pan-sovietismo, pág. 278), dice con toda razón: "La desunión europea produjo la guerra mundial e hizo posible la revolución rusa y ahora sigue protegiendo esta misma revolución contra todos los ataques". En los últimos tiempos van aumentando las manifestaciones de simpatía de parte de ciertas personas y círculos hacia "el más grande experimento sociológico de todos los tiempos" que se está realizando en Rusia. Bernardo Shaw, poeta inglés y charlatán internacional no tiene reparo en declarar su entusiasta admiración. También Einstein se asombra ante el famoso experimento y Lunatscharski lo señala en cambio como el "más grande de los sabios actuales". El socialismo alemán no demuestra conformidad en la apreciación del bolcheviquismo. Carlos Kautsky es su adversario declarado y predice su fin seguro. Federico Adler se empeña en probar que la suerte del Stalinismo no sea la del Socialismo, sin embargo, reconoce que la obligación del Socialismo ayudar, en cuanto sea posible, política y económicamente al bolcheviquismo. Ernesto Fischer señala como obligación primordial de la juventud proletaria la defensa del Soviet contra el capitalismo.

Los círculos liberales de Alemania insinúan una actitud amistosa, y ven el porve-

nir del país en el acercamiento espiritual, político y económico a Rusia.

Según Coudenhove Kalergie, el capitalismo no se da cuenta del peligro, pues de otro modo no alimentaría a su verdugo y sepulturero con créditos, ventas y pedidos. Los más miopes en este sentido son los capitalistas alemanes, ya que el 51% de todas las importaciones del Soviet vienen de Alemania.

El Nacional-socialismo no es tampoco ningún baluarte antibolchevique sino al contrario, está llamado de prepararle los caminos. El diletantismo de los economistas teóricos nacistas enseña en la práctica los mismos métodos del soviétismo ruso de la clasificación de las necesidades de cada cual por el Estado y del reparto de su ración a cada uno de la olla común".

Por el otro lado aumentan también las voces de alerta ante el peligro bolchevique, refiriéndose ellos muy en particular a las actividades del Soviet en el Oriente.

El americano Hopper Bruce dice que la lucha decisiva entre el individualismo y el colectivismo se librará en el Oriente. La primera prueba de conocimiento de la situación dió Suiza al negar a dar garantías por la entrega de materiales para Rusia y esto por "consideraciones de principios". La Iglesia Católica se dió desde un principio cuenta del peligro y el Santo Padre aprovechando cada ocasión para insistir de nuevo sobre este punto. En su Encíclica "Cuadragésimo Anno" se queja el Papa amargamente de las ruinas y calamidades traídas por el bolcheviquismo sobre inmensas regiones de Europa oriental y Asia. "Pero no podemos menos de contemplar", dice el Santo Padre, "con profundo dolor la injuria de los que parecen despreciar estos inminentes peligros, y con cierta pasiva desidia permiten que se propaguen por todas las partes doctrinas que destrozarán por la violencia o por la muerte toda la sociedad. Mayor condenación merece aún la negligencia de quienes des-

cuidan la supresión o reforma del estado de cosas, que lleva a los pueblos a la exasperación y prepara el camino a la revolución y a la ruina de la sociedad”.

La conducta de las grandes potencias para con la China ha sido también “un campo fértil para el descontento justificado”, ya que ellas no reconocieron como igual a la China, considerándola y tratándola como Estado semicolonial. Y aún hoy día las potencias no han cambiado en este punto aunque podían darse cuenta que la situación de aquel país se ha modificado notablemente por las experiencias de la guerra mundial, por el Tratado de Versalles que significaba para la China uno de los mayores desengaños y especialmente por la actitud del gobierno Soviético de Rusia que reconoció y trató desde un principio a la China como igual a igual. En la China despertó después de la guerra la conciencia nacional y va en aumento de día en día, a tal punto que hoy por hoy se rinde un verdadero culto al genio de la nación. Estos factores debían ser tomados en cuenta por las grandes potencias las que deberían apurarse en recibir a la China en su concierto con los mismos derechos de todos. Esta serviría para disminuir en mucho la influencia del bolcheviquismo, que perdería buen número de expectativas. El chino Ting Tsa-Chao no anda equivocado al decir que esta medida refundaría también en provecho económico de las potencias, por cuanto solo recuperarían los mercados de la China al cancelar los tratados unilaterales y restableciendo la soberanía personal y aduanera del país. Una de las principales aspiraciones del Gobierno Nacional chino es la abolición de la extraterritorialidad de los extranjeros.

La conducta egoísta de los Estados Europeos ha causado un daño, tal vez irreparable: ha desacreditado el Cristianismo ante muchos preeminentes chinos. Chen Li-fu se expresó al respecto como sigue: Los llamados Estados Cristianos de todo el mundo son un soberano disparate. Al hablar de la caridad, se la quieren ver aplica-

da siempre a ellos mismos. En las acciones políticas no se encuentra nada que podría considerarse como de acuerdo con las doctrinas de Cristo. Por esto cree su deber advertir que no se podrá esperar la salvación de China de parte del capitalismo o del Cristianismo. Esta es la prueba de la inmensa responsabilidad contraída por las naciones cristianas frente a la China: han puesto grandes obstáculos a la cristianización del país, han quitado su influencia a la misión cristiana, privándola de su mejor arma contra el comunismo.

Pues no cabe duda: el único enemigo, resuelto e irreconciliable del comunismo ateo y materialista es la verdadera Religión de Cristo. Sólo ella puede oponer a la consecuencia férrea del comunismo un sistema igualmente acabado. Efectivamente, “nunca jamás se ha encontrado el cristianismo frente a un enemigo tan vehemente que con igual sistema destruye y construye, como lo es esa nueva religión del bolcheviquismo, y parece como si la Iglesia debería librar en el lejano Oriente el combate decisivo. Por esto es preciso que la Iglesia se afirme en la Asia y muy especialmente en la China, antes que el bolcheviquismo inunde todo el país. Pues, una vez hundida la China en la marea roja del comunismo, no habrá por mucho tiempo esperanzas de conquistarla para la única verdadera Religión. Por esto imprimió nuestro Santo Padre nuevas energías a las misiones en el Oriente y particularmente en la China. Es esta también una prueba de la clarividencia de la Santa Sede para los sucesos que se están desarrollando en el celeste imperio. Por desgracia hay muchos católicos que no corresponden debidamente a los llamados del Sumo Pontífice. Estamos demasiado preocupados con nuestras propias penas. Y sin embargo, me parece que lo que sentimos aquí no es nada en comparación de los graves sucesos y trastornos que se están desarrollando en la antigua y civilizada China. Durante este trabajo ya hemos mencionado las posibles reacciones, previstas e intentadas por el

bolcheviquismo. Así está en el mayor interés de todo el occidente europeo de colaborar en el establecimiento de una Iglesia Católica floreciente en la China y esto para su propia seguridad y defensa. Cada nueva misión que se establezca, es un nuevo baluarte contra la marea roja que un día, unida a las inmensas reservas humanas de la Asia, querrá inundar también las antiguas naciones cristianas. El llamado del Santo Padre para una mayor actividad misional en la China, es por lo tanto también un llamado para la salvación del Occidente. Ojalá que así lo comprendiesen todos antes que sea tarde. El coloso ruso ya se alza amenazante delante de las puer-

tas de Europa, y ha extendido sus tentáculos hasta en medio de nosotros. En el caso de robustecerse también en el Oriente, formará un poder de incalculables recursos y entonces estaría perdida nuestra civilización y nuestra religión y con ella — ¡horror! — tal vez la salvación de muchos millones de almas que se verían arrastrados por él hacia un odio infernal contra Dios como nunca hasta ahora se lo ha conocido.

Dediquemos por consiguiente nuestra mejor atención a las misiones chinas, ayudemos con los medios a nuestro alcance y ayudaremos de este modo erigir un poderoso baluarte en contra el bolcheviquismo universal.

“VERDAD”

PUBLICACION QUINCENAL
ORGANO DEL PENSAMIENTO CATOLICO

Colaboran: Carlos Silva Vildósola, Ricardo Boizard, Oscar Larson, Eduardo Frei, Dr. Julio Santa María, Luis Barrantes Molina, Manuel Larrain, Dr. Ignacio Matte Blanco, Carlos Rosan, Dr. Arturo Droguett del Fierro, Enrique Soianich, Manuel Marchant Herrera, etc.

HUMBERTO PINTO DIAZ,
Director.

Conversiones y convertidos

Entre las actualidades de nuestra Santa Iglesia es sin duda este tema de las conversiones uno de los más atrayentes. Por este motivo nuestra revista dará a menudo cuenta del movimiento de los heterodoxos hacia la Iglesia Católica. La experiencia nos ha enseñado que cada convertido tiene su camino especial para llegar a Roma y muchas veces tendremos ocasión para hacer interesantes estudios psicológicos. La inmensa mayoría de las conversiones son el fruto de un estudio razonado del Catolicismo.

Nuevas conversiones de Protestantes y de Ortodoxos

A principios de Noviembre ppdo., nos llegó la sorprendente noticia que en el famoso Santuario de la Virgen en Kavelaer (Rhenania) se había convertido el Danés, Pablo Andreas Erichsen de Copenhague. Era teólogo luterano y ocupaba un puesto premiado en la Iglesia Protestante de su país. Para prepararse al paso decisivo, Erichsen se había retirado durante dos meses al Convento Benedictino de María Laach.

En el Imperio Británico siguen las conversiones. En el último decenio sumaban 121.372, correspondiendo al año 1931 11 mil novecientos ochenta. Con especial rapidez progresa la Iglesia en Escocia. La Arquidiócesis de Glasgow cuenta entre 2,000.000 de habitantes 450.000 católicos. En Inglaterra un onceavo de los escolares son católicos, en Escocia la quinta parte.

La conversión del Dr. William E. Orchard ha llamado mucho la atención en Inglaterra. Durante 20 años era predicador de la "Kings Weigh House Church" donde hace muchos años ya había introducido la Comunión a usanza católica. Por esto fué muy hostilizado y hasta amenazado con la expulsión. Tenía fama de orador sagrado. Ahora a la edad de 54 años, se dirigió a Roma, solicitando del mismo Papa la re-

cepción a la Iglesia, la que se llevó a efecto en la Capilla del Instituto Oriental, sirviendo de ministro el R. P. Mac Garrigle S. J. El Dr. Orchard manifestó su convicción de que llegará el día en que toda la Iglesia Anglicana volverá a Roma, aunque cree que él no lo alcanzará a ver.

El Cardenal Bourne declaró con ocasión de la Asamblea anual de la Sociedad de Asistencia de Convertidos que en Inglaterra aumentarán mucho las conversiones y que este movimiento se extenderá por todo el orbe. Indicó como causa la gran inquietud espiritual de muchos miembros del Anglicanismo. En términos semejantes se expresó en una asamblea el Obispo Anglicano de Londres, Dr. Winnington Inram. A una observación de este prelado de que los ministros anglicanos que se habían convertido, la mitad haya vuelto al anglicanismo, contestó Mr. Burges-Bayl que según datos estadísticos de 281 clérigos anglicanos convertidos desde el año 1910, sólo 9 habían vuelto a su antigua religión. Dijo además que el número de los clérigos anglicanos, convertidos desde Newmann era de m. o m. 1.000 Mr. Burges-Bayle sirvió durante 13 años de predicador anglicano.

Como también en Inglaterra los convertidos se ven expuestos muchas veces a grandes privaciones, existe, para socorrerlos una institución que fué fundada hace 36 años por el Cardenal Vaughan. Durante el último año repartió subvenciones a convertidos por valor de £ 10,000.

Otro convertido anglicano es el Rev. Bowyer Campbell, jefe del clero anglo-católico que durante los últimos años era profesor de la Universidad de Oxford. Su conversión se llevó a efecto también en Roma.

Sigue el cura episcopaliano W. R. J. Beatti cuya abjuración recibió el Arzobispo de Edinburgh, Macdonald. El predicador protestante John Francis de Hayes y finalmente el pastor presbiteriano Fuse de Glasgow; el hijo de este último se convir-

tió también y ya se está preparando en Roma para el sacerdocio.

De Estados Unidos llegan igualmente noticias de conversiones de personajes notables. En Brooklyn dieron este paso los pastores Miller Sage, Arthur Stirling y Herbert Jones que ingresaron en un Instituto de Misioneros. Siguen la cantante Ana Case y el octogenario General Clem que durante 60 años pertenecía a la masonería. Asistiendo a la toma de hábito de su hija en las Carmelitas, le tocó la gracia. No poca sensación provocó la conversión de la señorita Reed que tiempo atrás había publicado un libro poco recomendable sobre la familia moderna.

Es sabido que en los Estados Unidos crece el número de los católicos en una proporción muy superior a la población en general. Durante el último año escolar habían 2,679.000 alumnos católicos matriculados en 10.576 escuelas. En Canadá estas cifras resultan aún favorables. Con 4 millones de católicos forman estos casi el 40% de la población total del país. De este modo es la Iglesia Católica la más numerosa de las confesiones. A igual de Estados Unidos, también en Canadá aumentaron los católicos a más del doble desde el año 1901 a esta parte. Durante el último año las Conversiones en Estados Unidos-Canadá exceden de 40.000.

Algunos datos del Asia y Africa. El pastor Mac Gillivray que había sido enviado por el Arzobispo protestante de Canterbury a las misiones en el Kurdistán descubrió durante su actividad que su Iglesia no era la verdadera. Volvió a Inglaterra, estudió y se convirtió.

En la India se convirtió el pastor presbiteriano indígena Sitling de Kalimpong. Su hermano, el Dr. Yen-Singh y su familia, como igualmente su padre, también ex-pastor, se están preparando para la conversión. En la ciudad del Cabo fué recibido en la Iglesia el ex-arcediácono de la Diócesis, D. Clindon Egleheart. Ordenado en 1893 por el Obispo anglicano de Nueva York, trabajó Egleheart durante 20 años

en la cura de almas de los leprosos en Robber Island. En 1922 lo nombraron canónigo de la Catedral anglicana de San Jorge en Ciudad de Cabo y 5 años más tarde arcediácono de Caledon.

También de la Iglesia griega cismática se convirtieron algunos miembros notables. La médica rusa Dra. Alla Arra Schein Foguel, oriunda de Tiflis, fué recibida en el seno de la Iglesia Católica en Nápoles. Era médica jefe en la Ucrania y Bessarabia y en 1916 recibió el título de médico de regimiento. Disueltas las tropas de Krenski, fué colocada en un puesto de responsabilidad en Odessa. En 1928 solicitó permiso para dirigirse a Italia a fin de perfeccionar sus conocimientos. Estudiando en las Universidades de Nápoles y Bari, obtuvo el grado de Doctor en Medicina.

Ya cerca de un año se convirtió el fraile ortodoxo Nikita Denisenko del convento de Zhirovitz y Peter Tabinski, rector del Seminario ortodoxo de Kremenciug. Este último tenía fama por su celo y en una carta abierta declaró que su conciencia le había obligado a dar este paso y que él estaba convencido que solo la unión con Roma podría elevar el nivel religioso y moral del pueblo ucranio.

Mr. John Moody en la Catedral de San Estéban de Viena

Cincuenta años atrás seguramente no habría pensado Mr. Jhon Moody, Banquero de Nueva York, que un día encontraría en la Catedral de San Estéban de Viena la verdadera fe y la paz para su corazón. Cuando en su juventud oía hablar de conversiones al Catolicismo, solía decir que esto sería lo último que haría. Y efectivamente, pasaron muchos años y Mr. Moody hizo muchas cosas, pero al fin y por último dió este paso.

Nuestro protagonista se educó en la Iglesia Episcopaliana, pero en cuanto había alcanzado la mayor edad, se retiró de ella. Desde entonces intentó su suerte en diferentes sectas: ninguna le satisfizo. En se-

guida se dedicó al estudio del Panteísmo, pero, habiendo cumplido mientras tanto los 30 años de edad, se convenció de la vaguedad de este sistema y buscó en la filosofía moderna un panacea para sus ansias. Empezó con Herbert Spencer, siguió con William James; vino luego George Santayana, Bergson y finalmente Freud.

Al rededor del año 1920 había perdido toda la fe en la filosofía moderna y después de haber leído todavía el libro "Orthodoxy" de Chesterton, se reía de toda la filosofía. Y sin embargo se decía que debe haber alguna contestación a los grandes problemas y preguntas de la vida, pero ¿dónde buscarla?

La doctrina católica era la única con la cual no la había aún intentado y esto debido a los prejuicios que desde temprano le habían inculcado. Se le había dicho que ella no merecía ser tomada en cuenta.

Y así había pasado más de medio siglo de su existencia, sin que Mr. Moody encontrara un norte y guía para su alma. Entonces le llevaron sus negocios a Viena. Allá, el día 15 de Agosto de 1927, quiso ir al Banco, pero, siendo día de fiesta, lo encontró cerrado. Solo para pasar el tiempo, entró con su compañero a la Catedral de San Estéban donde justamente se cantaba la misa solemne. En América nunca había pisado una Iglesia Católica, en Europa había visitado algunas únicamente para conocer sus méritos artísticos. Ahora oyó por primera vez una misa solemne, con una inmensa concurrencia de fieles. Tan lleno de devotos se hallaba el vasto templo que a Mr. Moody y a su acompañante luego les fué imposible moverse en ningún sentido, viéndose así obligados, nolens, volens, a seguir la santa ceremonia. La devoción del pueblo y la solemnidad del culto hicieron una profunda impresión en el alma del banquero. Cuando la campanilla anunció la consagración y todo el mundo cayó de rodillas, dijo Mr. Moody a su amigo al oído: "Me parece que también nosotros debemos arrodillarnos". Lo hicieron, permaneciendo en esta postura

mientras lo vieron en los demás. Esta fué la hora de la gracia. Tanta era la impresión que dejó en su alma la fiesta, que en la tarde del mismo día lo encontramos nuevamente en la Catedral, para asistir a las Vísperas y durante los tres días que le quedaron de su permanencia en Viena, no dejó nunca de asistir a la Santa Misa. Al partir de Viena se dijo a sí mismo: "Esto de la Iglesia Católica es algo especial, esto tiene base sólida, tengo que averiguarlo".

Vuelto a Nueva York, le contó sus impresiones a su esposa quien contestó: "Espérate no más, antes de darte cuenta vendrá un sacerdote para llevarte y convertirte". "Esto si que no", replicó Moody, "ninguno me llevará, pero si encuentro lo que busco, me voy solo".

Su primera preocupación era procurarse lectura católica y según su propia expresión, tenía que recorrer muchas librerías antes de encontrarla. La primera obra que compró fué: P. Fúlton Sheen, "Dios y la Inteligencia", en seguida estudió la filosofía de Santo Tomás de Aquino, después a San Agustín y en 1930 poseía ya 3 estantes llenos de libros católicos. Ya estaba convencido que debía hacerse católico, pero su modo no era la precipitación.

Primero recurrió a tres predicadores protestantes a fin de exponerles a ellos sus dudas, pero no estaban en la situación de solucionarlas. El final de esta conversación describe el mismo Moody con estas palabras: "Cuando yo los tenía en aprietos me dijeron que yo pertenecía ya prácticamente a la Iglesia Católica y sería lo mejor que diera pronto también exteriormente el último paso". Pero todavía no se resolvió. Volvió al estudio de los filósofos modernos, pero pasado un año, quedó convencido que el único lugar que le convenía era la Iglesia Católica.

Fué a entrevistarse con el cura de una pequeña parroquia rural en el Estado de Nueva York. Una semana más tarde fué recibido en la Iglesia y confirmado por el Cardenal Hayes. En esta ocasión adoptó el nombre de Tomás, en agradecimiento

de Santo Tomás de Aquino a quien atribuye su conversión. Describió su conversión en la revista "Our Sunday Visitor" del 7 de Agosto de 1932 y termina con las siguientes hermosas palabras: "Solo nueve meses pertenezco a la Iglesia Católica y puedo decir con toda razón que disfruto de una paz que antes no he conocido. Hoy y por toda mi vida estoy seguro que solo la Iglesia soluciona los problemas de la vida. Esto lo digo yo, quien durante 40 años ha recojido experiencias sacadas de todas las teorías y repito que tan solo en la Iglesia Católica se halla la solución definitiva del problema de la vida".

Un protestante que quiso morir católico

Uno de los más famosos santuarios de la Virgen en Alemania es Kevelar (Rhenania). Vivía allá un cochero protestante, que durante muchos años acompañaba con su carretón a los peregrinos, que acostumbran

ir a pie, para llevar el equipaje de ellos. Un día el pobre viejo enfermó y viendo que la última hora se acercaba, quiso prepararse a buen morir. Sus parientes le insinuaron mandar por el predicador de su secta, pero el carretonero pidió expresamente que le llamasen a un sacerdote católico. Los suyos se resistieron a este deseo, pero el moribundo les dijo: "Yo no quiero morir sino en la Religión que venera a la Madre de Dios. Miles y miles de veces he rezado durante mis viajes a Kevelar: Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores ahora y en la hora de nuestra muerte. Y María intercederá por mí. Sólo en la Religión Católica se venera a la Madre de Dios, invocándola para la última hora y yo quiero morir católico, pues así María me ayudará también". Los parientes accedieron y el pobre viejo murió feliz, después de haber recibido en el momento supremo de su vida la gracia de la fe verdadera y los sacramentos de la Santa Iglesia Católica.

Toda ganancia es pérdida y toda riqueza es miseria, cuando se obtienen a costa de la ruina del alma. — Markham.

Las malas acciones no son malas porque están prohibidas, sino que están prohibidas porque son malas. — Platón.

¡Memento, Homo, quia pulvis es!

Erase un rey, todos conocemos su nombre, uno de los más poderosos que jamás haya ocupado un trono: Luis XIV el "Roi Soleil". Era afortunado en sus empresas, rodeado de esplendores, de gloria y de amor. Turenne y Condé conducían sus ejércitos de victoria en victoria; Colbert, Louvois y Torcy eran sus consejeros; Perrault y Mansard construían para él soberbios palacios adornados por el genio artístico de los Pujet, Girardon, Le Pousin, Le Sueur y Lebrun; Corneille, Racine, Molière, Lafontaine, La Bruyère y otros discípulos de las musas ilustraron su reinado. ¡Qué fausto y qué pompa en las salas del Palacio de Versailles! Las más bellas mujeres rodearon al rey, brindándole sus encantos y su amor, gentilhombres, llenos de ambición, hidalgos de temerario valor y fino ingenio le rendían a cada paso homenaje. Tan hermoso era todo y tan imperecedero parecía aquella felicidad que el rey no vivía sino para su gloria, para su deleite; no oyó las voces de Bossuet, de Bourdaloue, de Massillon, voces humanas, sí, pero que a veces resonaban como el trueno lejano de un juicio que se acerca.

Pasaron los años, largos años de un brillante reinado. Pero hé aquí: el primero de Setiembre de 1715 se presentó delante del rey alguien, más poderoso que él, poderoso e inexorable: la muerte. Y mientras el monarca agonizaba en su lecho, le habló la muerte con su voz tan misteriosa, pero al mismo tiempo tan impresionante y le dijo:

"Rey Luis, durante setenta años llevaste ceñida sobre tus sienes la corona, depónla ahora. Ya no eres sino Luis de Bourbon, el pobre mortal, que rendirá su tributo a la naturaleza. Ya no mandarás, ahora obedecerás a mí. Escucha Luis, ahora ya no juzgarás, ahora serás juzgado!".

"¿Te acuerdas como perturbaste el sueño de los muertos, como violaste las tum-

bas venerables de reyes y emperadores?"

"¿Te acuerdas como gemían las campanas de las catedrales a lo largo del Rhin, que hiciste quemar por tus hordas guerreras, de tal modo que aquel río no vió jamás tanta ignominia como la de tus ejércitos?"

"¡Tú gimes de dolor, Luis, pero más alto que los suspiros de tu agonizante pecho, resuenan los ayes de tus víctimas!"

"¿Lo sabes todavía como regalaste tu corazón, que ya no era tuyo, y como trituraste el de María Teresa?"

"¿Te acuerdas, rey Luis, como te presentaste un día, montado sobre brioso corcel delante del convento de Saint Cloude para sacar de él a la bella Luisa Francisca que allá quiso hacer penitencia por los pecados de ella y por los tuyos? ¿Por qué quisiste enredar de nuevo en el vicio un alma sedienta de expiación?"

"¿Con qué derecho elevaste a una pecadora al rango de duquesa de La Vallière? ¿Pensaste acaso que el manto ducal sea capaz de cubrir la vergüenza?"

"¿Por qué hiciste a María Angélica d'Escorailles duquesa de Fontange, después de haberla envilecido tanto? ¿Por qué fuiste donde ella en su agonía, llenando de vil gozo su alma, que en aquel instante debía llorar sus pecados?"...

Así habló la muerte al Rey-Sol, mientras el alma de éste se aferraba a cada palabra de las oraciones que a su lado rezaba el sacerdote.

Luis XIV murió y lo llevaron a Saint Denis para que duerma allá el sueño eterno al lado de sus antepasados. Lo llevaron por aquel camino, que, sin embargo, no debía ser el último: pasado muchos años vino la revolución que cual tormenta vengadora assolaba toda la Francia. Los rebeldes, con manos sacrílegas, violaron los sepulcros de reyes y reinas, sacaron sus restos y los echaron a una fosa, cubriéndolos de cal viva.

“¡Memento homo, quia pulvis es!”.

Para todos nosotros vendrá el día que será el último de nuestra existencia. La carroza fúnebre llevará al cementerio nuestros restos mortales. Allí quedarán y pasarán los años y los decenios y los siglos. Ya no restará de nosotros más que un cráneo de grandes cuencas vacías, privado de todo rasgo de simpatía, de belleza, de donaire y algunos huesos desparramados. En tiempos lejanos talvez construirán una casa encima del lugar donde se hallan los últimos restos de lo que fué nuestro cuerpo, y en esta casa vivirán hombres que reirán como refamos nosotros y que llorarán como todos hemos llorado, pero al fin morirán y se volverán también polvo y ceniza: el destino final de toda criatura.

Incontables generaciones nacieron en nuestro planeta y cuando había pasado su tiempo, ya no existían más: confundidos sus restos con la tierra, luego no serán otra cosa que ella misma y no habrá recuerdo de ellos. ¿Quién cuenta los millo-

nes y millones de seres que vinieron y se fueron, que, sacados del polvo, volvieron a él?

“¡Memento, homo quia pulvis es!”.

Vendrá el día y la hora que devolverá nuestro cuerpo a la tierra, de la cual fué tomado. Pero nuestra alma no perecerá, ella vivirá. ¿Eternamente feliz, eternamente desgraciada? El Juez Supremo lo decidirá, mejor dicho: nosotros mismos decidiremos nuestra suerte durante la vida conforme a la cual fallará el Señor. En nuestras manos está nuestro destino.

¡Polvo y ceniza, felicidad o desolación!

Al contemplar este desenlace inevitable de nuestra peregrinación, no debemos olvidar que la tierra no se apropiará del polvo a que será reducido nuestro organismo: lo guardará para un futuro que no nos es dado averiguar, pero llenos de esperanza, exclamaremos con Job (XIX, 25-26): “¡Pues yo sé que vive mi Redentor, y que en el último día he de resucitar de la tierra. Y de nuevo he de ser rodeado de mi piel y en mi carne veré a mi Dios”.

En definitiva, solo hay en este mundo una cosa digna de nuestros es-

fuerzos; practicar la verdad y la justicia. — Marco Aurelio.

NOTICIAS RELIGIOSAS

Londres.—Una carta publicada en un diario Católico da la noticia del retorno de los Benedictinos a Buckfast, y como consecuencia de ello, de la reconstrucción de la gran iglesia de la abadía que acaba de ser consagrada ahí.

“The Tablet” de Londres informa que hace cerca de cincuenta años publicó en sus columnas una carta de un Hermano Lorenzo, en la cual se llamaba la atención hacia el hecho de que la antigua fundación monástica llamada entonces Abadía de Buckfast y empleada como residencia particular, estaba en venta y que podía ser adquirida en condiciones favorables por una Comunidad religiosa. La carta dejaba establecido que la propiedad estaba entonces en poder de un no-católico, el cual, sin embargo, estaba ansioso de que ella volviera a uso católico y por eso la vendía con grandes facilidades de pago. El Hermano Lorenzo señalaba el hecho de que no había ninguna iglesia católica en varias millas a la redonda.

Seis semanas después se celebraba misa en Buckfast, en señal de la reocupación de la abadía por religiosos católicos.

Desde lo alto de una roca, en Dunwich, en la costa oriental, fué bendecido el mar que oculta la ciudad, en otro tiempo próspera, hoy sumergida, de Dunwich, con sus cincuenta y dos iglesias.

Un **De Profundis** fué entonado por el reposo de los muertos que yacen sepultados bajo las aguas, y fué celebrada una misa por el retorno de Inglaterra a la fe de San Félix, el primer obispo de Dunwich, en cuyo honor tuvo lugar la ceremonia. Cada año la romería anual ha ido aumen-

tando en número y este año atrajo más de un millar de peregrinos procedentes de las ciudades desparramadas por esa área escasamente poblada.

El Padre Ronaldo Knox dirigió la palabra a los peregrinos. Refiriéndose a la sumersión de las iglesias, debido a la erosión, dijo que los católicos, daban poca importancia a los edificios como posesiones materiales, comparados con la iglesia misma. Hoy día los católicos ingleses del Este mantienen la continuidad de la fe con San Félix y con el pueblo de su tiempo.

Dunwich era una localidad importante en los primeros siglos de la Edad Media, y hasta 1832 envió dos representantes al Parlamento; pero las incursiones del Mar del Norte lo han arrasado.

Lo que en apariencia es una curación “de primera clase” ha tenido lugar en St. Winefride’s Well en Oolywell, Gales del Norte.

El día 16 de Enero de 1930, mientras John Elwy Davies ayudaba a pintar un enorme trasmontador eléctrico en la escuela Técnica de Windsor-Walker, en Windsor, fué envuelto por una explosión que le quemó los nervios ópticos de ambos ojos dejándolo absolutamente ciego. En Canadá fué examinado por un eminente especialista, y sometido a un tratamiento adecuado, el cual, sin embargo no dió ningún resultado. Cuatro meses después del accidente Mr. Davies volvió a Rhye, su ciudad natal galense, donde algún tiempo después el canónigo Quinn le aconsejó ir a Holywell. (Pozo o fuente sagrada). El siguió el consejo y en la mañana, después de su

llegada, fué llevado a una temprana misa. Después de la misa fué sumergido en la fuente tres veces y pocos segundos después recuperó la vista. Describiendo sus impresiones él ha dicho: "Fué como si alguien me hubiese pasado sus manos suavemente por mis ojos, y entonces fué como si dos grandes puertas se hubieran abierto a la luz".

Manifestaba intenso placer ante las escenas más corrientes. Por ejemplo, cuando alguien le ofreció un cigarrillo cogió el paquete y con verdadera ansiedad leyó el letrero impreso en él.

Los Recoletos de San Agustín congregación española de misioneros muy conocida, han establecido su primera fundación en este país (Inglaterra) en Ivybridge Southe Devon, donde han ocupado un convento recientemente evacuado por una Comunidad de Monjas francesas. El principal objeto de la nueva fundación es dar a los estudiantes Recoletos la oportunidad de aprender el inglés, habilitándolos así para realizar un trabajo más eficaz en los campos de acción de la Comunidad que son las misiones de Trinidad, Estados Unidos, Islas Filipinas, China, y otros países en que el inglés es necesario, o por lo menos muy útil.

Los encarcelados y los litigantes pobres de Londres han perdido un generoso amigo con la muerte de Cristián José Grobel, un prominente abogado católico. En muchas ocasiones él rehusó atender a personas que le habrían pagado muy bien para aparecer en otros estrados defendiendo a gente que no podía compensar sus servicios profesionales sino con agradecimientos. Fué uno de los primeros

adherentes a la Sociedad de Nuestra Señora del Buen Consejo, que presta a los pobres asistencia legal gratuita. Mediante un esfuerzo, varios magistrados de Londres averiguan ahora espontáneamente la religión de los jóvenes delincuentes para poder colocarlos al amparo de instituciones católicas. Durante la guerra mundial prestó importantes servicios al Gobierno, atendiendo espiritualmente a los prisioneros alemanes y a los soldados ingleses con permiso.

Amberes.—"La Gaceta de Amberes" da cuenta de una recepción extraordinariamente interesante que el Rey Cristián de Dinamarca (1) hizo a los Prelados Católicos que asistieron al Congreso Eucarístico de Copenhague. La recepción tuvo lugar en el Palacio Amelicuborg, y el grupo de huéspedes iba encabezado por el cardenal Hlond de Polonia.

El rey Cristián, dirigiéndose a sus visitantes les declaró que habría sido inaudito permitir que los Prelados Católicos que habían asistido al Congreso Eucarístico hubieran partido de Dinamarca sin haberles estrechado la mano. Su Majestad señaló el hecho de que él era el primer rey de Dinamarca que había restablecido relaciones oficiales con la Santa Sede y expresó la profunda impresión que le había causado su visita al Santo Padre. El rey Cristián explicó que la Reina no había podido asistir a la recepción por razones de salud, y que lo sentía grandemente. El príncipe heredero de Dinamarca asistió también a la recepción, y besó el anillo al cardenal Hlond y al Reverendísimo José

(1) Los soberanos de Dinamarca son luteranos y el luteranismo es la religión oficial del país.

L. Brems, Vicario apostólico de Dinamarca.

El obispo Brems, amigo íntimo del Rey Cristián, le hizo notar que él le debía mucho al Abad Crets, General de los Premonstratenses, ahí presentes, y como una prueba de ello, dijo que el Abad Crets lo había ayudado a encontrar su verdadera vocación y lo había preparado para la Misión Danesa. "Perfectamente, dijo el Rey: entonces el Abad Crets debe pagarle su visita ¿no es así?" — Cierzo, respondió Monseñor Brems — "Muy bien, añadió su Majestad. Entonces volviéndose hacia el Abad Crets, el Rey Cristián dijo: "Espero que cada vez que Ud. visite a su amigo y discípulo, Monseñor Brems, no olvide Ud. venir a cambiar conmigo un apretón de mano".

Quilón, India.—Habiendo aumentado la lepra de una manera alarmante en Travancore, la leprosería del Gobierno en Trivandreu que está a cargo de los Hermanos de la Santa Cruz, está habilitándose para recibir 300 enfermos. El censo de 1931 estima que hay ahora 2.789 leprosos en el Estado contra 2.858 casos anotados en el censo de 1921. Se cree que el número de casos de lepra es mucho mayor que el que figura en el censo, puesto que el registro de la enfermedad no es obligatorio, ni los leprosos están obligados a ser separados en asilos.

Milwaukee, E. E. U. U.—Una nueva expansión del movimiento dramático católico y la translación de sus oficinas directivas de Briggsville a Milwaukee, acaban de ser anunciadas por el presidente de la obra, el Rev. Matías Helfen. Del nuevo Comité directivo

forman parte Mr. J. L. O'Sullivan, dean del Colegio de Periodismo de la Universidad de Marguette y el Dr. M. Lameos, director de la Escuela de la Escuela de Oratoria de la misma Universidad.

Esta expansión señala el último progreso en el crecimiento de la obra iniciada hace diez años por el Padre Helfen. Su desarrollo ha sido paralelo al de la Liga Dramática Católica, organización consagrada a la producción de piezas de teatro limpias y elevadamente inspiradas. Forman parte de ella grupos democráticos a través de todos los Estados Unidos y el Canadá.

Berlín.—No pasa un verano ahora sin que tenga lugar una representación religiosa en el Tirol bávaro. Todas ellas son representaciones de la Pasión o de misterios, que han tenido lugar durante generaciones; pero en algunas ocasiones ha habido lapsos en el ciclo. Una de las más encantadoras pequeñas comunidades del Tirol, el Thiersee Valley, fué, abierta el año pasado al mundo exterior por la terminación del camino real de Kupstain a Bayrich-Zell, y con ello el tradicional drama aldeano "**Christus**" podrá ser representado en 1933. En los últimos doscientos años la representación había tenido lugar con intervalos regulares y varios artistas se habían formado ahí mismo entre ellos el muy conocido Padre José Sieber, de la Compañía de Jesús.

En la comunidad de Vaal, accesible desde la línea férrea que conecta a Munich con Lindau tiene lugar todos los años una representación que es al mismo tiempo religiosa y nacional en la Alemania del Sur. Después de la **Pasión** de Oberammergau, es la más antigua y más importante del distrito Bávaro-Suevio. Durante cien años ha

sido casi tan conocida como la de Oberammergau. En 1822 asistieron a ella no menos de 22.000 personas.

Colonia.—Franz Weber de Düsseldorf, Secretario general del Augustinusverein, recibió de su Eminencia el Cardinal Pacelli, Secretario de Estado del Papa, un mensaje en el cual le expresa la satisfacción del Santo Padre por la obra realizada por la prensa católica alemana. La carta es contestación a un telegrama enviado al Papa por el Augustinusverein reunido en Asamblea.

“Me siento feliz de expresar a Ud. escribe su Eminencia, la orgullosa satisfacción con que el Santo Padre toma nota del informe enviado a él sobre los propósitos y el trabajo del Augustinusverein en pro de la prensa católica. Mientras más difíciles y llenos de responsabilidades se hacen los deberes y las tareas del periodista católico, más intenso placer experimenta el Santo Padre al enviar su cordial bendición Apostólica a todas las iniciativas y a todos los miembros de la Unión”.

Belgrado: Yugoslavia cuenta entre un total de 13.000.000 de habitantes más de cinco y medio millones de católicos, apostólicos, romanos, repartidos en veintidós diócesis con 3,810 sacerdotes. El arzobispado de Agram tiene 1.661.668 fieles, el de Belgrado sólo 66.000. Desde que la dictadura reina en el país, aumentan de día en día las restricciones de la libertad para los católicos. La prensa católica está amordazada por una insoportable censura, el clero espionado por todas partes, hasta a las pláticas asisten los soplones del gobierno para buscar motivos contra los sacerdotes.

El gobierno aprovecha toda ocasión

para favorecer a los ortodoxos en perjuicio de los católicos. Están prohibidas todas las asociaciones católicas de deporte y gimnasia, lo mismo las organizaciones ateas “Sokol”. Allá mismo se colegios congregacionistas se les quitó el derecho de funcionar en público. Especialmente en Eslovenia se obliga a los escolares de ingresar a las organizaciones ateas “Sokol”. Allá mismo se echa a la calle a todos los profesores de enseñanza secundaria, ocupados en instituciones católicas, que tenían menos de diez años de servicio, sin desahucio ni indemnización, los demás tenían que jubilar o fueron trasladados a otra parte. En muchas partes se despidió a los catequistas, a pesar de los protestos de los ordinarios; en caso de resistencia fueron castigados. A las escuelas normales dirigidas por religiosas y destinadas a formar profesoras católicas, se les prohibió recibir nuevas alumnas durante los años 1932-33. Hasta se pretendió (según el diario “Reichspost”) obligar a apostatar a varias aldeas enteras. Desde el 16 al 18 de Noviembre del año pasado se celebró en Agram una conferencia de los obispos del país, cuyas resoluciones fueron confiscadas, apenas salieron a la luz. El Organó del Excmo. Arzobispo de Agram, Mons. Bauer, fué confiscado y clausurado. Las resoluciones de los Obispos se referían a los ataques contra el Sumo Pontífice, a la enseñanza de la Religión, a los peligrosos textos oficiales de enseñanza, al magisterio católico, a la perniciosa influencia de los “Sokols” sobre la juventud y a los ataques contra el clero y los seglares católicos. Desde entonces el Gobierno se ha puesto aún más arbitrario e intransigente. En Bistrice, el Lourdes croata, disparó la policía sobre una procesión de campesinos, matando a 3 personas. El harto desacreditado obispo ortodoxo Dositei de Nisch fué trasladado a la recién fundada diócesis de

Zagreb, donde ninguna falta hace ya que toda aquella ciudad es católica. En Sinj hizo el gobierno edificar una iglesia al lado de la sepultura y en honra de un serbio, fusilado por espía. A la inauguración asistieron el obispo cismático, el rey, el Gabinete y muchos dignatarios del reino. Cosas así suceden con alguna frecuencia.

Mottingham (Inglaterra): En esta ciudad se construye actualmente una iglesia católica. Los fieles, gente muy pobre, tenían hasta ahora sino una miserable choza, para celebrar en ella los Divinos Misterios. Mr. A. W. Jeffreys, que vive de un modesto comercio de pescado, etc., era el propietario de la choza y del sitio y él mismo cuenta como sigue: "Hace algunos meses, estando yo en aquella choza, me vino la idea de

construir en su lugar una iglesia, si algún día tuviera dinero. Yo me había empeñado en refaccionar lo mejor posible la choza, pero con todo esto quedaba siempre inadecuado e indigno para su objetivo. También el Padre, encargado de decir la Santa Misa en ella, deseaba tener una capilla, por pequeña que sea. Resultó que con ocasión de una carrera hípica aposté sobre un caballo y gané. Esta ganancia era la base para los fondos de la construcción. En seguida aposté en el Derby y gané otra vez. Ahora tenía yo bastante dinero para la obra. En mi casa tengo una estatua de la Virgen de Lourdes. Durante la carrera ardían velas delante de ella. Fué la Madre de Dios la que nos regaló la nueva Iglesia".



BIBLIOGRAFIA

Avisos y Sentencias Espirituales, por San Juan de la Cruz. Edit. de los Cursos de Cultura Católica, Buenos Aires, 1932.

Es indudable que San Juan de la Cruz es uno de los Santos Doctores, cuya lectura se ha intensificado en los últimos tiempos: la profundidad de sus escritos son, a no dudarlo, de gran utilidad para la formación espiritual y la vida interior.

Esas habrán sido las razones por las cuales los Cursos de Cultura Católica han editado los "Avisos y Sentencias Espirituales", cumpliendo muy bien con uno de sus principales propósitos que se marcaron al fundarlos: "estudio en común de la doctrina católica y su más amplia difusión".

Esta edición de la obra de San Juan de la Cruz, magníficamente presentada, trae en un volumen de más de ciento treinta páginas, los avisos y sentencias que son consejos y pensamientos del Santo, separados a manera de capítulos en cada uno de los cuales se profundiza un punto determinado como: Cruz, Negatio, Vía, Fides, etc.

Trae además el libro una hermosísima oración instituida: "Oración del Alma Enamorada", de gran sentimiento y magnífico provecho para quienes la recen con fervor.

Siendo una obra como hemos dicho antes, de primorosa presentación, no podía faltar alguna manifestación artística; en efecto, el libro, además de traer un retrato de San Juan de la Cruz, está adornado con dibujos simbólicos, que dan realce a la obra animando su lectura.

Finalmente, diremos que este libro no es de lectura amena y fácil; es sencilla, eso sí, pero al mismo tiempo profunda, requiriendo para su estudio la simple voluntad de aprender verdades eternas.

(Heroica, Bs. Aires).

Un Dios-una fe. Una justificación, por Vernon Johnson. Seg. el original inglés. Wiesbaden, Ed. Hermann Rauch.

En el año 1929 se convirtió en Londres el en aquel entonces vicario, Vernon Johnson. Este acontecimiento provocó en la capital inglesa no sólo sensación sino también intranquilidad en la iglesia anglicana, ya que Johnson era uno de sus más famosos oradores sagrados. Las muchas preguntas dirigidas al protagonista le movieron a escribir este libro para demostrar el por qué de su con-

versión, y en especial de su convicción que la Iglesia Católica sea la única verdadera Iglesia fundada por Jesucristo. Un libro muy interesante que ¡ojalá! llegue a las manos de muchos convertidos y no-católicos.

Le Dogme de la Rédemption, por L. Richard. P. S. S.—Bibliothèque Catholique des Sciences Religieuses.—Ed. Bloud et Gay, París, 1932.

La obra del P. Richard consta de dos partes: Positiva la una, especulativa la otra. En la primera el autor nos muestra la forma como la Redención ha sido preparada y anunciada en el Antiguo Testamento, como fué realizada y revelada por Jesús mismo y enseñada por los Apóstoles bajo la luz de su Espíritu.

Cuatro excelentes capítulos nos ilustran en el estudio de la tradición después de la época patristica hasta nuestros días, abriendo paso a las grandes corrientes doctrinales y a la enseñanza de los doctores más distinguidos, tales como San Ireneo, San Agustín, San Anselmo y Santo Tomás.

La segunda parte es una síntesis doctrinal fundada sobre las bases establecidas por las escritura y por la tradición.

¿Por qué tiene necesidad de un salvador la humanidad? ¿Un salvador que parece acometer la obra de la redención en reemplazo de los hombres? ¿Por qué este salvador debe morir sobre una cruz para la salvación del género humano?

Tales son las preguntas a que el autor responde con particular claridad.

Pero donde el P. Richard más se destaca es cuando nos da una explicación de la existencia del mal en el mundo y del pretendido fracaso de la redención. Para comprobar los efectos de la redención, nos dice, sería preciso que pudiésemos constatar de una parte lo que sería la humanidad librada a ella misma sin ninguna gracia, y efecto espiritual producido en lo más íntimo de las almas, no solamente en el momento presente, sino al término de la vida individual y al fin de la vida terrestre de la humanidad. ¿Qué sabemos nosotros del trabajo secreto de la gracia? Si deseamos tomarnos la molestia de mirar con más hondura, comprobáramos que la humanidad entera está verdaderamente como impregnada de los efectos de la redención.

No olvidemos que la más humilde manifestación de la caridad es la expresión viviente del Evangelio de Cristo y que, según las palabras de Pascal "todos los cuerpos juntos, todos los espíritus reunidos y todas las producciones no valen el menor movimiento de la caridad".

Si además cada uno de nosotros se anima a hacer un poco de introspección sería forzado a reconocer que la redención no ha sido vana y concluiría repitiendo con San Pablo: "El Cristo vino al mundo para salvar a los pecadores entre los que yo soy el primero".

Heroica, Bs. Aires).

L'Inquisiton. Por A. H. Verrill, París, Payot, 1932.

Todo libro sobre la inquisición debe empezar con una declaración de imparcialidad. Así lo exige el tema mismo y M. Verriell se ha sometido a esta ley. En efecto—nos es grato reconocerlo,—en su obra no se nota ningún afán de denigrar al catolicismo. El autor comprende que, para juzgar una antigua institución hay que tomar muy en cuenta la estructura social, las costumbres y la mentalidad en general de la época. No obstante de tan bellas intenciones, el autor no nos ofrece sino una obra deficiente, echada a perder, se pueda decir. Casi toda su

documentación ha sido sacada de la voluminosa "Historia de la Inquisición" del periodista yankee H. C. Lea que ha hecho hablar de sí a principios de nuestro siglo y cuyo estilo tendencioso y su espantoso desorden se ha criticado más de una vez. Mr. Verriell le sigue con una docilidad sorprendente al describirnos el estado moral del clero y de la sociedad en los tiempos medioevales. Ya se sabe cuanto circunspección es necesario en esta materia, pues con ayuda de la infinidad de tratados sobre costumbres, puede presentarse cualquiera época de la Historia bajo el aspecto más horrorífico.

Todo lo que se refiere a los procedimientos, penas, torturas, procesos de hechicería, no es más que un resumen, para no decir una copia de Lea. Los mismos yerros están reproducidos con la mayor serenidad, por ejemplo, aquello que atribuye a Sergio III una segunda exhumación y un segundo juicio del Papa Formoso. En fin, sin hablar de las innumerables faltas bibliográficas, más de un detalle del libro demuestra la inexperiencia del autor: en el siglo trece no había Nuncios, ni tampoco un Santo Oficio, y es un divertido anacronismo de hablar de la sotana eclesiástica en aquellos tiempos. M. Verriell advierte que no se dirige sino al gran público y que no busca la erudición. Muy bien, pero todo esto no le dispensa de presentar una obra personal.